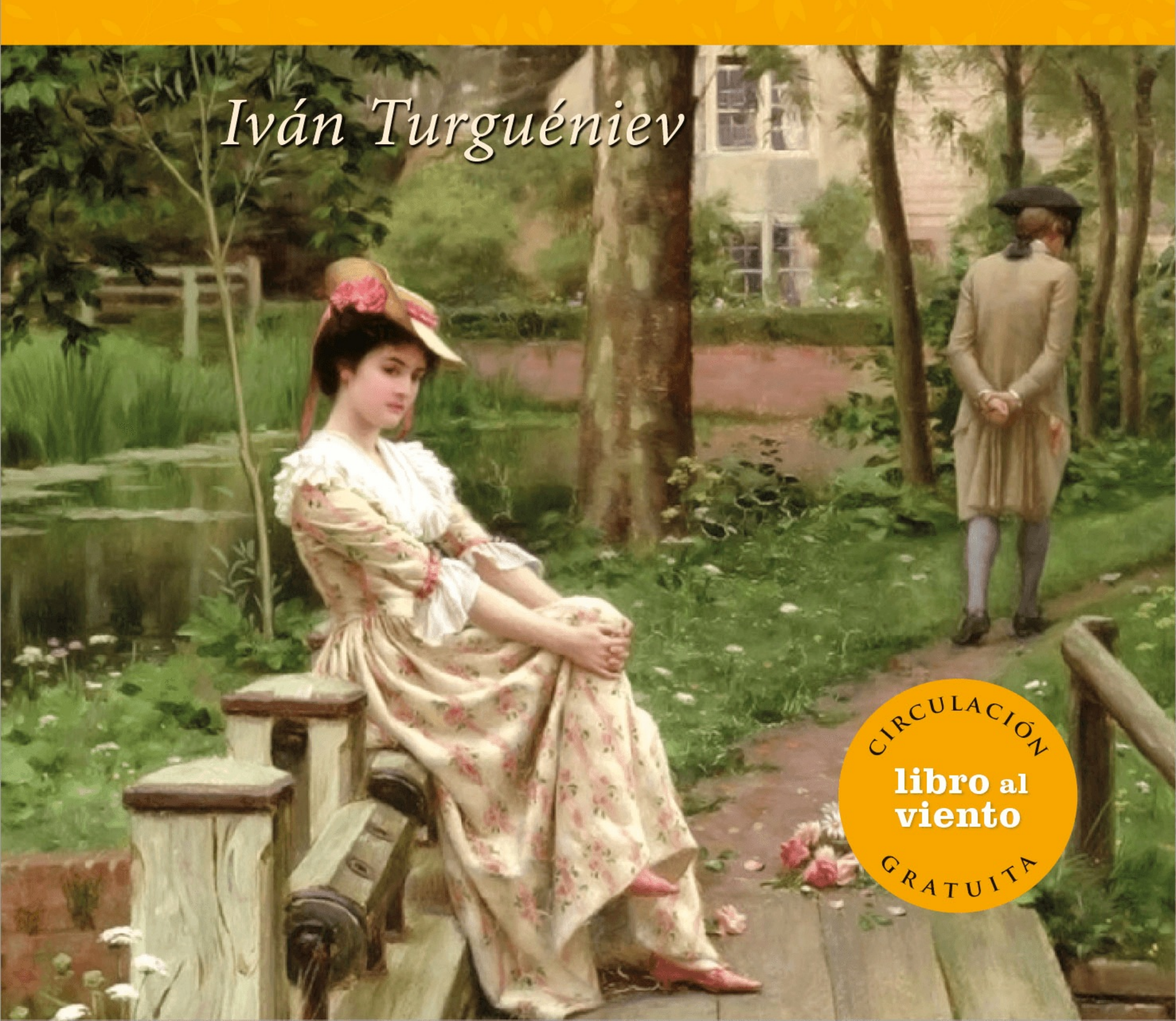
El primer amor





Una campaña de fomento
a la lectura de la secretaría
de cultura recreación y deporte
y el instituto distrital
de las artes – idartes

Circulación
libro al
viento
gratuita

IVÁN TURGUÉNIEV

El primer amor

INTRODUCCIÓN

Julio Paredes

Alcaldía Mayor de Bogotá
Clara López Obregón, Alcaldesa (D)

Secretaría Distrital de Cultura, Recreación y Deporte
Catalina Ramírez Vallejo, Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte

Instituto Distrital de las Artes-Idartes
Santiago Trujillo Escobar, Director General
Bertha Quintero Medina, Subdirectora de Artes
Paola Caballero Daza, Gerente del Área de Literatura
Valentín Ortiz Díaz, Asesor
Adriana Carreño Castillo, Coordinadora de Programas de Lectura
Javier Rojas Forero, Asesor administrativo

Secretaría de Educación del Distrito
Ricardo Sánchez Ángel, Secretario de Educación
Jaime Naranjo Rodríguez, Subsecretario de Calidad y Pertinencia
William René Sánchez Murillo, Director de Educación Preescolar y Básica
Sara Clemencia Hernández Jiménez, Equipo de Lectura, Escritura y Oralidad

Primera edición: Bogotá, noviembre de 2011

http://www.institutodelasartes.gov.co
Traducción: *Clásicos rusos*, Moscú, 1972

Isbn 978-958-99935-4-5

Asesor editorial: Julio Paredes Castro
Diseño gráfico: Olga Cuéllar + Camilo Umaña
Armada eBook: eLibros Editorial

Contenido

Introducción

Narrada bajo el esquema de una historia entre otra historia, con el recurso de la remembranza de episodios íntimos, sucedidos en un tiempo pasado y lejano, la novela *El primer amor* del escritor ruso Iván Turguéniev (1819-1883), publicada en 1860 y ahora el número setenta y ocho de *Libro al viento*, plantea uno de los más reconocidos convencimientos populares: que el primer amor nunca se olvida. Lugar común sentimental de corte romántico que, además de compartir una naturaleza semejante a la de los traumas imborrables, arrastra dichas, confusiones y desventuras compulsivas para quienes protagonizan, como principiantes, las emociones del mundo.

Guiado por la certeza narrativa de buscar en la creación de personajes el cimiento fundamental de toda novela, Iván Turguéniev echará mano de la voz y las palabras escritas directamente por Vladímir Petróvich, protagonista de *El primer amor*, para reforzar el hecho de que a esta convicción generalizada sobre el enamoramiento la acompaña, y agudiza, el principio de que al sumergirse en ese momento fantástico se tiene también por primera vez conciencia de la vida. Así, el lector se encontrará con una clásica novela de iniciación, donde el tema es también el descubrimiento de uno mismo, de la llamada conciencia personal. Más allá de los estereotipos que haya adoptado a lo largo de la historia la idea del "primer amor", Turguéniev revela que se trata de un mecanismo vital, desconcertante e inevitable, que reacomoda en su llegada el espacio y el tiempo de los días de cualquiera.

Por otro lado, y sean cuales sean las secuelas que haya dejado esta experiencia, con sus autoengaños y resultados futuros, Turguéniev también le propone al lector que el origen del primer amor se asocia a los años de una juventud temprana; territorio donde se supone –entre tantas otras cosas– que aún no se cuenta con el léxico suficiente para nombrar de manera precisa los sobresaltos, o, mejor, los tormentos mentales y físicos que suscitan los enamoramientos. De ahí que el amante en ciernes Vladímir Petróvich recurra, de forma constante, al lenguaje de los adjetivos

imprecisos, de las inseguridades poéticas o las fantasías líricas cuando trata de revelar a sus interlocutores el objeto y sujeto de su ilusión: la hermosa Zinaída Alexándrovna.

Al fin y al cabo se trata de espejismos nuevos que no se parecen a nada que Petróvich haya conocido hasta el día, maravilloso y al mismo tiempo fatal, cuando Zinaída se cruza por su existencia. Fantasías de las que ignora el significado y el orden secreto que las anima. Con seguridad, de ahí nace el deseo por pensar, sin aprehensiones, que esta primera pasión la comparte con la persona indicada, la única entre la multitud, y en cuya presencia ningún detalle del mundo cotidiano parece fuera de lugar.

Basada en una difícil experiencia autobiográfica, y considerada por Turguéniev su novela “más querida”, *El primer amor* tiene también como parte de sus cimientos dramáticos y narrativos una de las rutas más tenaces a la hora de dilucidar los enigmas del romance primerizo e inocente: el apasionamiento de Vladímir Petróvich desde la sombra o el anonimato, que es, a un mismo tiempo, el apasionamiento desde el silencio amargo de un monólogo no correspondido, pues ese otro ser, Zinaída, el único que posee la clave de su fortuna presente y, tal vez, futura, ya tiene otro “primer amor” a quien entregarse.

La revelación final del anónimo, como bien encontrará el lector de *Libro al viento*, le abrirá a Vladímir Petróvich abismos tan ininteligibles y novedosos como el sentido de su amor, desordenándole la mente, enfriándole un poco el corazón y obligándolo a vivir en una urgencia íntima que sólo tendrá respuesta y descanso con el paso del tiempo; con la llegada de ese día último, inevitable como el primero de su aparición, en el que el deseo y los desvelos por la voz, las miradas y el cuerpo de ese primer amor, se disuelvan entra las otras sombras de la memoria.

JULIO PAREDES

El primer amor

Dedicado a P. Annenkov

PREÁMBULO

Los invitados se habían retirado hacía rato. El reloj dio las doce y media. En el salón sólo quedaron el dueño de la casa, Serguéi Nikoláievich y Vladímir Petróvich.

El dueño llamó con la campanilla y ordenó que se llevaran los restos de la cena.

–Pues, como habíamos acordado –pronunció, después de acomodarse en el sillón y encendiendo un cigarro–, cada uno de nosotros se ha comprometido a contar la historia de su primer amor. Empiece usted, Serguéi Nikoláievich.

Serguéi Nikoláievich, regordete, rubio, de cara mofletuda, miró primero al anfitrión, alzó los ojos al techo y dijo, por fin:

–No tuve un primer amor, empecé por el segundo.

–¿Cómo así?

–Muy sencillo. Tenía dieciocho años cuando empecé a cortejar a una señorita muy agraciada; pero la cortejaba como si ya estuviera acostumbrado a hacerlo; de igual forma cortejé después a otras mujeres. Pero la verdad es que, por primera y última vez, me enamoré de mi niñera cuando yo tendría unos seis años. Pero de eso hace mucho tiempo. Los pormenores de esa relación ya se han borrado de la memoria, y aunque los recordara, ¿a quién le podrían interesar?

–¿Qué hacer entonces? –se lamentó el dueño de la casa–. Mi primer amor tampoco podrá entretenerlos: hasta antes de conocer a Anna Ivánovna, mi esposa, no me enamoré de nadie, y todo nos salió maravillosamente: nuestros padres hicieron de casamenteros, muy pronto llegamos a querernos y nos casamos sin pérdida de tiempo. Mi relato se cuenta en dos palabras.

Yo, amigos míos, debo confesar que, al proponer este tema del primer amor, cifraba mis esperanzas en ustedes; quienes, aunque no se puede decir que sean viejos solterones, tampoco son tan jóvenes. ¿Quizá usted pueda distraernos, Vladímir Petróvich?

Vladímir Petróvich, hombre de unos cuarenta años, moreno, con algunas hebras de plata en el cabello, contestó después de una corta pausa:

–Mi primer amor, en verdad, pertenece a la categoría de los poco corrientes.

–¡Ah! –exclamaron al mismo tiempo el dueño y Serguéi Nikoláievich–. Tanto mejor... Cuéntenoslo.

–Con mucho gusto… aunque no, no lo voy a contar ahora mismo: no soy elocuente; resultaría seco y demasiado breve o muy dilatado y falso. Si ustedes me lo permiten, escribiré todo lo que recuerde en un cuaderno, y después lo leeré.

Al principio los amigos protestaron, pero Vladímir Petróvich acabó por convencerlos. Se volvieron a reunir después de dos semanas, y Vladímir Petróvich cumplió con su palabra.

He aquí lo que había escrito en su cuaderno.

1

Tenía yo entonces dieciséis años. Era en el verano de 1883. Vivía en Moscú con mis padres, que tenían alquilada una *dacha* cerca a Kaluzhskaya Zastava, frente al parque Nieskuchni. Me estaba preparando para ingresar en la Universidad, pero estudiaba muy poco y sin afanes.

Nada se interponía a mi libertad. Hacía lo que quería, sobre todo desde que me había liberado de mi último preceptor francés, que por nada del mundo podía convencerse de que había caído en Rusia *comme une bombe,* y se pasaba los días tumbado en la cama, con un gesto de mal humor. Mi padre me trataba con una cariñosa indiferencia; mi madre apenas si me hacía caso, a pesar de ser yo su único hijo: la consumían otras preocupaciones. Mi padre, joven aún y muy atractivo, se había casado con ella por interés; ella era diez años mayor. Mi madre llevaba una vida muy triste: siempre sobresaltada, consumida por los celos, se desesperaba, aunque nunca en presencia de mi padre, a quien le tenía mucho miedo, y él se mantenía siempre severo, frío, distante…

No he visto jamás a otro hombre más refinadamente tranquilo, soberbio y dominante.

Nunca olvidaré las primeras semanas que pasé en la *dacha*. El clima era espléndido; nos habíamos trasladado de la ciudad el 9 de mayo, el día de San Nicolás. A veces salía a pasear por el jardín de la *dacha*, o por Nieskuchni o Kaluzhskaya Zastava. Me llevaba algún libro, el manual de Kaidánov, por ejemplo; pero lo abría muy rara vez y prefería recitar versos en voz alta; sabía muchos de memoria. Me hervía la sangre y sentía una presión en el corazón –era una sensación dulce y ridícula–: estaba a la espera de algo y al mismo tiempo sentía temor. Me maravillaba por cualquier cosa y permanecía como a la expectativa; mi fantasía revoloteaba y se lanzaba veloz alrededor de las mismas imágenes, igual que los

vencejos se lanzan al amanecer alrededor del campanario. Me quedaba pensativo, triste y hasta lloraba; pero incluso a través de las lágrimas y de la melancolía que me transmitía un verso melodioso o la hermosura de un atardecer, la feliz sensación de una vida en pleno ardor juvenil se abría paso como la hierba primaveral.

Tenía a mi disposición un caballo de montar. Yo mismo lo ensillaba y me iba solo al galope hacia cualquier lugar apartado, e imaginaba que era un caballero en una justa (¡qué alegre soplaba el viento en mi oídos!) o, con la cara levantada al cielo, sentía que el alma se me llenaba con su luz deslumbrante y su azul inmenso.

Recuerdo que por aquellos días casi nunca aparecía en mi mente la imagen de una mujer con los rasgos definidos, como tampoco el espejismo del amor femenino; pero en todo lo que pensaba, en todo lo que sentía se ocultaba el presentimiento de algo nuevo, lleno de una inefable dulzura, algo femenino, de lo que era sólo consciente a medias y hería mi pudor…

Este presentimiento, esta espera anhelante se había adueñado de todo mi ser: lo respiraba, corría por todas mis venas con cada gota de sangre… El destino quiso que se materializara muy pronto.

Nuestra *dacha* constaba de una vivienda señorial construida en madera, con columnas, y dos alas muy bajas. En el ala izquierda funcionaba una minúscula fábrica de papel barato para empapelar. A menudo me acercaba a ver cómo decenas de niños escuálidos y desgreñados, con unos delantales grasientos y las caras macilentas, saltaban una y otra vez para encaramarse a unas palancas de madera que a su vez presionaban el marco cuadriculado de la prensa y de esa forma, con el peso de sus cuerpos enjutos, imprimían en los papeles los dibujos de vivos colores. La pequeña ala derecha estaba vacía y estaba en alquiler. Un día, unas tres semanas después del 9 de mayo, en esta ala se abrieron las contraventanas, y en las ventanas aparecieron algunos rostros femeninos. Una familia se acababa de instalar allí. Recuerdo que ese mismo día, a la hora de comer, mi madre preguntó al mayordomo quiénes eran nuestros nuevos vecinos y, entonces, al oír el apellido de la princesa Zasekin, exclamó al principio con algo de respeto:

–¡Ah! una princesa ... –pero agregó enseguida: seguramente será una princesa venida a menos.

–Han llegado en tres coches de alquiler –informó el mayordomo, mientras servía respetuosamente un plato–. No tienen carruaje propio, y los muebles son de lo más baratos.

–Sí –observó mi madre–, no obstante, será mejor.

Mi padre le lanzó una fría mirada, y ella guardó silencio.

En efecto, no era posible que la princesa fuera una mujer rica: el ala de la *dacha* que había alquilado estaba tan maltrecha y era tan pequeña y bajita, que nadie medianamente acomodado aceptaría vivir ahí. Sin embargo la verdad fue que en ese momento no le presté mucha atención a nada de eso. Al título principesco tampoco le di ninguna importancia, pues hacía poco había leído *Los bandidos* de Schiller.

2

Tenía por costumbre vagar cada tarde por nuestro jardín, acechando escopeta en mano a los cuervos. Desde siempre odiaba a esos pájaros recelosos, rapaces y astutos. El día del que voy a hablar fui como siempre al jardín y, después de recorrer sin éxito todos los senderos (los cuervos ya me conocían y sólo lanzaban entrecortados graznidos desde lejos), me aproximé casualmente a la valla baja que separaba nuestra propiedad de la franja de un estrecho jardín, situado a la derecha, detrás del ala y que le pertenecía. Iba yo con la cabeza gacha. De repente escuché unas voces: miré al otro lado de la valla y quedé petrificado… Fui testigo de un espectáculo singular.

A unos pasos de distancia donde me encontraba, en un claro, entre unas matas aún verdes de frambuesa, estaba una muchacha alta, esbelta, con un vestido rosa a rayas y un pañuelito blanco a la cabeza.

A su alrededor se apretujaban cuatro jóvenes, y ella los golpeaba por turno en la frente con esas flores grises pequeñas, cuyo nombre ignoro, pero que los niños conocen tan bien. Son esas flores que forman unas bolsitas y cuando uno las golpea con contra algo duro revientan con estrépito. Los jóvenes ofrecían la frente con tanto placer y en los movimientos de la muchacha (yo la observaba de perfil) había algo tan encantador y dominante, tan cariñoso, tan divertido y agradable que casi lancé un grito de sorpresa y satisfacción y creo que en ese instante lo habría dado todo porque aquellos deliciosos deditos me golpearan también en la frente con una flor. Se me cayó la escopeta; quedé en suspenso, devorando con los ojos aquel grácil talle, y el cuello, y las bellas manos, y la rubia cabellera un poco despeinada bajo el blanco pañuelito, y el inteligente ojo entornado, y las pestañas, y la tierna mejilla debajo de ellas…

–¡Joven, oiga jovencito! –oí de pronto una voz a mi lado–, ¿Le parece que está bien mirar de esa manera a las señoritas desconocidas?

Me estremecí y quedé de una pieza. Muy cerca, del otro lado de la valla, estaba un hombre de pelo negro corto, mirándome irónicamente. En el mismo instante la muchacha se dio la vuelta hacia mí… Vi entonces unos enormes ojos grises en un rostro ágil y animado. Ese rostro de pronto se estremeció, empezó a reírse, brillaron en él unos dientes blancos, las cejas se arquearon graciosas… Me sonrojé, recogí la escopeta y, perseguido por unas carcajadas sonoras, pero no malintencionadas, corrí hasta mi cuarto, me arrojé sobre la cama y me cubrí la cara con las manos. El corazón me daba brincos; estaba avergonzado y alegre a la vez. Me embargaba una emoción desconocida.

Descansé, me peiné, me arreglé y bajé a tomar el té. Aún tenía en la mente la imagen de la muchacha, el corazón me había dejado de saltar, pero se contraía dulcemente.

–¿Qué te pasa? –preguntó de repente mi padre–. ¿Mataste algún cuervo?

Quise revelarle todo, pero me contuve, y sólo sonreí para mis adentros. Antes de acostarme, no sabría explicar por qué, giré tres veces sobre una pierna, me unté pomada en el pelo, me tumbé y dormí toda la noche como un lirón. No había amanecido aún cuando me desperté por un instante, levanté la cabeza, miré alrededor eufórico alrededor, y volví a dormirme.

3

“¿Cómo hacer para conocerlos?”, fue lo primero que pensé al despertarme. Antes del desayuno salí al jardín; pero no me aproximé mucho a la valla, y no vi a nadie. Después de desayunar pasé repetidas veces por la calle, delante de la casa de campo, vigilando desde lejos las ventanas... Me pareció ver su rostro tras las cortinas y, sobrecogido, me apresuré a retirarme. “Pero es preciso que nos conozcamos –pensaba paseando sin ton ni son por el arenoso descampado que se extendía delante del Nieskuchni–. ¿Pero cómo? Ese es el problema”. Recordaba hasta el mínimo detalle de lo sucedido el día anterior. No sabía por qué, pero instintivamente lo que recordaba con mayor claridad era que ella se había burlado de mí… Mientras me ofuscaba y urdía diferentes planes, el destino ya actuaba a mi favor.

Durante mi ausencia de la casa, mi madre recibió una carta de la nueva vecina, escrita en papel gris, sellado con lacre marrón, de ese que se usa sólo en los certificados de correos y en los corchos de vino barato. En la nota, escrita con faltas de ortografía y letra descuidada, la princesa solicitaba a mi madre su protección. Según la princesa mi madre conocía bien a personas importantes, de las que dependía su suerte y la de sus hijos, ya que la princesa tenía pendientes unos asuntos graves. “Me dirijo a usted –escribía– como una dama novle a otra dama novle y. además, me es agradavle haprovechar esta oportunidá”. Por último, le pedía permiso para venir a visitarla. Encontré a mi madre de mal humor: mi padre no estaba en casa y no tenía con quién consultar. Era desde todo punto imposible no contestar a una “dama novle”, princesa además, pero mi madre no sabía cómo hacerlo. Le parecía incorrecto escribir una respuesta en francés, pero sabía que no andaba muy bien en ortografía rusa, por eso no quería comprometerse. Se alegró al verme y me ordenó que fuera de inmediato a casa de la princesa y le dijera de palabra que mi madre, en la medida de sus

posibilidades, estaría siempre dispuesta a complacer a su excelencia, y le rogaba que pasara a verla después de las doce. El inesperado y rápido cumplimiento de mis íntimos deseos me alegró y al mismo tiempo me asustó, pero no manifesté la emoción que se había apoderado de mí y pasé primero por mi habitación para ponerme la corbata nueva y una chaqueta; en casa llevaba siempre puestos un blusón y unos cuellos vueltos que odiaba.

4

En el vestíbulo estrecho y desaseado del ala, donde entré con un temblor involuntario en todo el cuerpo, me recibió un criado viejo y canoso, la piel oscura, de color bronce, y unos ojillos sombríos de porcino. Nunca antes había visto yo unas arrugas tan profundas como las que le cruzaban la frente y las sienes. Llevaba en un plato la espina totalmente pelada de un arenque y, cerrando con el pie la puerta que comunicaba con la habitación contigua, pronunció con brusquedad:

–¿Qué quiere?

–¿Está en casa la princesa Zasekin? –pregunté.

–¡Vonifati! –gritó una estridente voz femenina al otro lado de la puerta.

El criado, en silencio, me dio la espalda, dejando ver una librea muy gastada, con un solo botón blasonado, ya medio verde, y se retiró dejando el plato en el suelo.

–¿Fuiste a la comisaría? –oí la misma voz de mujer. El criado balbuceó algo inaudible–. ¿Ah? ... ¿Ha venido alguien? –la oí de nuevo–. ¿El señorito de los vecinos? Dile que pase.

El criado apareció otra vez y, levantando el plato del suelo, manifestó:

–Pase, por favor, a la sala.

Me alisé el pelo y entré en “la sala”.

Me encontré en una habitación no muy grande y no muy aseada, con muebles pobres, que parecían puestos de cualquier manera. Junto a la ventana, en un sillón que le faltaba un brazo, estaba sentada una mujer de unos cincuenta años, fea, con la cabeza descubierta, con un viejo vestido

verde y un pañuelo de vivos colores enrollado al cuello. Sus pequeños ojos negros se clavaron en mí.

Me acerqué y la saludé con una reverencia.

–¿Tengo el honor de hablar con la princesa Zasekin?

–Sí, yo soy la princesa Zasekin, ¿y usted es el hijo del señor V.?

–Sí señora. He venido por encargo de mi madre.

–Tenga la bondad de tomar asiento. ¡Vonifati! ¿Dónde están mis llaves, no las has visto?

Transmití a la señora Zasekin la respuesta de mi madre a su misiva. Me escuchaba dando golpecitos con sus gordos dedos rojos en el marco de la ventana, y cuando terminé volvió a mirarme fijamente.

–Muy bien, iré sin falta –dijo por fin–. ¡Pero qué joven es usted! Permítame preguntarle cuántos años tiene.

–Dieciséis –titubeé.

La princesa sacó del bolsillo unos grasientos papeles escritos, se los llevó hasta la nariz y comenzó a hojearlos.

–Buena edad –pronunció de repente, volviéndose, inquieta, hacia mí y sin dejar de moverse en la silla–. Usted, por favor, no se ande con ceremonias. En mi casa todo es simple.

"Demasiado simple", pensé observando con involuntaria repugnancia su desaliñada figura. En ese momento se abrió de golpe otra puerta de la sala y en el marco apareció la muchacha que había visto la víspera en el jardín. La joven alzó un brazo y en su rostro se dibujó una sonrisa burlona.

–Y ésta es mi hija –añadió la princesa señalándola con el codo–. Zina, éste es el hijo del señor V., nuestro vecino. ¿Cómo se llama usted?

–Vladímir –balbuceé, levantándome muy emocionado.

–¿Y su patronímico?

–Petróvich.

–Sí. Conocí un jefe de policía que también se llamaba Vladímir Petróvich, ¡Vonifati! ¡No busques las llaves! Las tengo en el bolsillo.

La joven seguía mirándome con la misma sonrisa burlona, entornando ligeramente los ojos y con la cabeza un poco ladeada.

–Ya he visto a *Monsieur* Voldemar –comenzó. (El sonido plateado de su voz recorrió mi ser como un dulce frescor) –. ¿Me permite que lo llame así?

–Con mucho gusto –tartamudeé.

–¿Dónde? –preguntó la princesa.

La joven princesa no respondió a su madre.

–¿Está usted ahora ocupado? –preguntó, sin quitarme los ojos de encima.

–No, princesa.

–¿Quisiera ayudarme a desmadejar la lana? Venga, pase a mi cuarto.

Me llamó con la cabeza y salió de la sala. Yo la seguí.

En la habitación donde entramos los muebles eran algo mejores y estaban distribuidos con más gusto. Aunque la verdad fue que en ese instante casi no pude notar nada: me movía como en sueños y a mi cuerpo lo invadía un bienestar tan poco común que lindaba con la necedad.

La joven princesa se sentó, sacó una madeja de lana roja y, señalándome una silla frente a la suya, desenvolvió cuidadosamente la madeja y la puso en mis manos. Lo hizo todo en silencio, con una graciosa dilación, mientras que en sus labios, apenas entreabiertos, reposaba la misma sonrisa diáfana y maliciosa. Empezó a enrollar la lana en una carta de naipe doblada por la mitad; de pronto me lanzó una mirada tan clara y fugaz que, contra mi voluntad, me estremecí. Cuando abría del todo los ojos, que los mantenía casi todo el tiempo entornados, su rostro cambiaba por completo, como si una luz lo iluminara.

–¿Qué pensó usted ayer de mí, *Monsieur* Voldemar? –me preguntó después de una pausa–. Seguramente le dejé una mala impresión.

–Yo… princesa… no he pensado nada… ¿qué derecho tengo? –respondí azorado.

–Escuche –siguió ella–. Usted no me conoce aún, yo soy muy rara; quiero que siempre se me diga la verdad. He oído que usted tiene dieciséis años; yo tengo veintiuno. Ya ve que soy mucho mayor que usted, así que

me deberá decir siempre la verdad… y hacerme caso –añadió–. Míreme, ¿por qué no me mira?

Mi confusión iba en aumento; pero levanté los ojos. Ella me sonrió, sin embargo no era la sonrisa de antes, sino otra, era una sonrisa de aprobación.

Bajando la voz con ternura, me dijo:

–Míreme, no me desagrada… Me gusta su cara; presiento que seremos amigos. ¿Y yo le gusto? –agregó con picardía.

–Princesa… –quise empezar.

–Haga el favor de llamarme Zinaída Alexándrovna y, además, ¿qué costumbre tienen los niños, digo, los jóvenes de no decir sinceramente lo que sienten? Eso está bien para las personas mayores. Pero yo le gusto, ¿no es verdad?

Aunque me resultaba agradable que hablara de manera tan directa conmigo, me enojé un poco. Quería demostrarle que no estaba tratando con una criatura así que le dije con el mayor desenfado posible y poniéndome serio:

–Claro que usted me gusta mucho, Zinaída Alexándrovna, no quiero ocultárselo.

Sacudió levemente la cabeza y, preguntó enseguida:

–¿Usted tiene preceptor?

–No, hace mucho que no.

Mentía, pues hacía menos de un mes que me había despedido de mi preceptor francés.

–¡Oh!, ya veo que es usted una persona mayor–. Me dio un ligero golpe en los dedos.

–¡No baje las manos! –y se puso a enrollar hacendosa el ovillo.

Aprovechando que ella mantenía bajos los ojos, empecé a contemplarla, primero de manera furtiva, pero después de forma cada vez más audaz. Su rostro me pareció más encantador que el día anterior: era tan fino, tan inteligente y delicado. Estaba sentada de espaldas a la ventana, de la que pendía una cortina blanca, y un rayo de sol, filtrándose por ella, bañaba con

luz tenue los vaporosos cabellos dorados de la princesa, el cuello virginal, los hombros torneados y el pecho suave y tranquilo. Yo la contemplaba; ¡cuán cercana y cuán entrañable la sentía! Era como si la conociera de mucho tiempo atrás, y como si hasta antes de conocerla no supiera nada y ni siquiera vivido. Llevaba un vestidito oscuro, bastante usado, y un delantal; creo que habría acariciado con placer cada pliegue del vestido y del delantal. La falda dejaba al descubierto la punta de sus botitas, ante las que me hubiera prosternado con adoración… "Y aquí estoy sentado ante ella –pensé–, ya nos conocemos… ¡Qué dicha, Dios mío!" De tanta emoción, por poco salto de la silla, pero me limité a mover las piernas, como una criatura que se entretiene con una golosina.

Me sentía como pez en el agua, y me habría quedado un siglo en aquel cuarto, sin moverme.

Sus párpados se alzaron dulcemente, ante mí volvieron a brillar con ternura sus ojos claros, y me sonrió otra vez.

–¡Cómo me mira usted! –dijo quedamente y me amenazó con el dedo.

Me sonrojé... "Lo comprende todo, ve todo –cruzó por mi mente–. ¡Y cómo no lo ha de comprender y ver todo!"

De pronto se oyó ruido en la habitación contigua y el tintineo de un sable.

La princesa madre gritó desde la sala:

–¡Zinaída! Bielovsórov te ha traído un gatito.

–¡Un gatito! –exclamó Zinaída, y se levantó precipitadamente del asiento, dejó el ovillo en mis rodillas y salió corriendo.

Yo también me levanté, dejé la madeja y el ovillo de lana en la ventana, entré en la sala y me detuve perplejo: en el centro del salón, con las patitas estiradas, había un gatito rayado; Zinaída, de rodillas ante él, le levantaba cuidadosamente la cabecita. Junto a la señora princesa, y tapando casi todo el entrepaño, vi a un apuesto húsar de rizada cabellera rubia, la cara rubicunda y de ojos saltones.

Zinaída repetía:

–¡Qué gracioso! No tiene los ojos grises, sino verdes, ¡y qué orejas más grandes!... ¡Gracias, Víctor Egórich! Es usted muy amable.

El húsar, en el que reconocí a uno de los jóvenes del día anterior, sonrió e hizo una inclinación de cabeza, haciendo sonar las espuelas y los aros del sable.

–Ayer usted se dignó decir que quería tener un gatito rayado con orejas grandes… y yo lo he conseguido. Su palabra es ley para mí–. Y volvió a inclinarse.

El gatito maulló débilmente y se puso a olfatear el suelo.

–¡Está hambriento! –exclamó Zinaída– ¡Vonifati!, ¡Sonia! Traigan leche.

Entró una criada con un viejo vestido amarillo y un pañuelito descolorido al cuello, trayendo un platito de leche que dejó en el suelo. El gatito se estremeció, cerró los ojos y empezó a lamer.

–¡Qué lengua más sonrosada tiene! –dijo Zinaída, que había agachado la cabeza casi hasta el piso y estaba mirando de costado al gato muy cerca de su trompa.

Cuando el animal se hartó, se puso a ronronear arañando melindroso con las patitas. Zinaída se levantó, volteó a mirar a la criada y dijo indiferente:

–Llévatelo.

–Por el gatito tiéndame su manita –dijo el húsar mostrando los dientes y sacudiendo todo su corpachón, ceñido dentro del uniforme nuevo.

–Las dos –accedió Zinaída y le tendió las manos. Mientras él las besaba, ella me miraba por encima del hombro.

Yo permanecía inmóvil, sin saber si reír, decir algo o, sencillamente, seguir en silencio. De pronto, a través de la puerta abierta del recibidor, divisé la silueta de Fiódor, nuestro lacayo, que me hacía señas. Salí maquinalmente.

–¿Qué quieres?

Me respondió en un susurro:

–Su mamá ha mandado a buscarlo. Está enojada porque usted no vuelve con la respuesta.

–¿Hace mucho que estoy aquí?

–Más de una hora.

–¿Más de una hora? –repetí asombrado y, regresando a la sala, comencé a hacer reverencias.

–¿Adónde va usted? –preguntó la joven princesa, mirándome por detrás del húsar.

–Tengo que ir a casa –y añadí dirigiéndome a la anciana: Entonces le digo a mi madre que usted tendrá la bondad de visitarnos después de la una.

–Dígaselo así, jovencito.

La princesa sacó apresuradamente la caja de rapé, y aspiró con tanto ruido que me sobresalté.

–Dígaselo así –reiteró carraspeando y parpadeando con los ojos lacrimosos.

Me incliné una vez más y salí de la habitación, sintiendo en la espalda ese embarazo que se apodera de una persona muy joven, cuando sabe que la siguen con la mirada.

–Monsieur Voldemar, no se olvide de que tiene que pasar a vernos –gritó Zinaída y volvió a reír.

"¿Por qué está siempre riéndose?", pensaba yo al regresar a casa en compañía de Fiódor, que, aunque no me decía nada, me seguía con un aire de reprobación. Mi madre me regañó y se extrañó: ¿qué podía haber estado haciendo tanto tiempo en casa de esa princesa? No respondí nada y me fui a mi cuarto. Sentí de pronto una gran tristeza... Me esforzaba por no llorar... Sentía celos del húsar.

5

La princesa, tal como lo había prometido, visitó a mi madre, pero a ella no le cayó bien. No estuve presente durante la entrevista, pero cuando nos sentamos a comer mi madre le comentó a mi padre que aquella princesa Zasekin le había parecido pareció *une femme tres vulgaire*, que la había importunado mucho rogándole que intercediera en su nombre ante el príncipe Sergui, que tenía toda una serie de pleitos y asuntos urgentes–*des vilaines affaires d'argent*– y que seguramente se trataba de una intrigante de marca mayor. Sin embargo, añadió que la había invitado con la hija a comer al día siguiente (al oír "con la hija" enterré la nariz en el plato), porque, al fin y al cabo, era una vecina de renombre. A lo que mi padre contestó que ahora recordaba de qué señora se trataba; de joven él había conocido al difunto príncipe Zasekin, una persona educadísima, pero banal y pendenciera, a quien en sociedad apodaban *Le Parisien*, por haber vivido mucho tiempo en París; que había sido muy rico, pero que había perdido toda la fortuna en el juego, y que se había casado, quién sabe por qué razón, quizás fuera por el dinero, con la hija de cierto empleadillo, aunque bien podía haber hecho mejor elección –añadió mi padre y sonrió fríamente–, y después se metió en especulaciones, arruinándose por completo.

–Se le podría ocurrir pedirnos dinero prestado –sugirió mi madre.

–Es muy posible –dijo mi padre con calma–. ¿Habla francés?

–Muy mal.

–Hum… Aunque da lo mismo. Me parece haberte oído decir que invitaste también a la hija: alguien me ha dicho que es una joven muy agradable e instruida.

–¡Ah! Entonces *no* ha salido a la madre.

A lo que objetó mi padre:

–Y tampoco al padre. También tenía instrucción, pero era tonto.

Mi madre suspiró y se quedó pensativa. Mi padre guardó silencio. Me sentí muy molesto durante esta conversación. Después de la comida salí al jardín, pero esta vez sin la escopeta. Había jurado no acercarme al “jardín de las Zasekin”, pero una fuerza irresistible me atraía, y no fue en vano. En cuanto me aproximé a la valla vi a Zinaída. Estaba sola. Avanzaba lentamente por la vereda, con un libro en las manos. No se fijó en mí.

Casi la dejé pasar, pero de pronto reaccioné y tosí.

Ella se volvió, y sin detenerse apartó con la mano la ancha cinta azul de su sombrero de paja, me miró, sonrió apenas y posó de nuevo los ojos en el libro.

Me quité la gorra, titubeé un poco sin moverme del sitio, y me alejé, sintiendo un peso en el corazón. “*Que suis je pour elle?*” –pensé en francés (Dios sabrá por qué).

A mis espaldas oí unos pasos conocidos, y al volverme, vi que se aproximaba mi padre con su andar rápido y ágil.

–¿Es esa la joven princesa? –me preguntó.

–Sí, es ella.

–¿La conoces?

–La vi esta mañana en casa de la señora princesa.

Mi padre se detuvo y, girando sobre sus talones, echó a andar en dirección contraria. Al pasar junto a Zinaída se inclinó cortés. Ella también hizo una inclinación de cabeza, sin ocultar cierto asombro, y bajó el libro. Vi que Zinaída lo siguió con los ojos. Mi padre vestía siempre con mucha elegancia, de una forma muy propia y sencilla; pero nunca antes su figura me pareció más esbelta, jamás su sombrero gris le había sentado mejor sobre su cabellera rizada, que empezaba a perder volumen.

Me aproximé a Zinaída, pero ni se fijó en mí, levantó nuevamente el libro y se alejó.

6

Pasé toda la tarde y la mañana del día siguiente sumido en un melancólico embotamiento. Recuerdo que intenté ponerme a estudiar y abrí a Kaidánov; pero las extensas líneas y las páginas del célebre manual pasaban ante mis ojos sin dejar ninguna huella. Leí diez veces seguidas las palabras: "Julio César se distinguía por su arrojo militar", y, sin comprender una palabra, tiré el libro a un lado. Antes de la comida, volví a engominarme el pelo y me puse otra vez el capote y la corbata.

–¿Para qué? –preguntó mi madre al verme–. Aun no eres estudiante, y sabe Dios si pasarás los exámenes. Además, tu capote es nuevecito, no vamos a tirarlo...

–Vendrán visitas –murmuré casi con desesperación.

–¡Qué absurdo! ¡Vaya unas visitas!

Tuve que hacer caso, y sustituí el capote por la chaquetita, pero no me quité la corbata. La princesa y su hija llegaron media hora antes de la comida. La vieja, por encima del vestido verde que yo conocía, se había puesto un chal amarillo y, en la cabeza, llevaba una cofia pasada de moda, con cintas color fuego. Sin perder tiempo, se puso de inmediato a hablar de sus letras de cambio. Suspiraba, se quejaba de su pobreza, rogaba con insistencia, y no se inmutaba por nada, aspiraba el rapé haciendo mucho ruido, daba vueltas y se movía en su silla con el mismo desenfado que en su casa. Parecía olvidarse de que era princesa. Zinaída, por el contrario, se conducía con acentuada etiqueta, casi con arrogancia, como una auténtica princesa. En su rostro se dibujó una fría y altiva inmovilidad. Yo no la reconocía, no reconocía sus miradas, sus sonrisas, aunque en aquel nuevo porte me resultaba maravillosa. Llevaba un ligero vestido de lanilla haciendo visos en azul pálido; el cabello le caía en largos bucles sobre las mejillas, al estilo inglés, y el peinado armonizaba con la seria expresión del

rostro. Durante la comida mi padre estuvo sentado a su lado, entreteniendo a su vecina de mesa con la elegante y apacible cortesía que lo caracterizaba. De vez en cuando le dirigía una mirada, que ella le devolvía también de vez en cuando, pero de una manera muy extraña, casi con animadversión. Hablaban en francés; recuerdo que me sorprendió la correcta pronunciación de Zinaída. La princesa madre seguía a la mesa sin inmutarse; comía en abundancia y alababa los platos. Mi madre, por lo visto, estaba hastiada de ella y le respondía con taciturno desdén; mi padre, de cuando en cuando, fruncía apenas las cejas. Zináída tampoco le agradó a mi madre.

–Es una engreída –decía al día siguiente–. No sé de qué puede estarlo *avec sa mine de grisette*.

–Por lo que se ve, tú no has visto a las *grisettes* –observó mi padre.

–¡Gracias a Dios!

–No cabe duda, a Dios gracias... pero ¿cómo puedes, entonces, juzgarlas?

Zinaída no me había hecho el menor caso. Poco después de terminar la comida la princesa se despidió.

–Confío en su protección, María Nikoláievna y Piotr Vasílievich –dijo con melosidad a mis padres–. ¡Qué se le va a hacer! Hubo otros tiempos pero ya pasaron. Y aquí me tienen, con un título nobiliario –añadió con una risa desagradable– ¡de qué valen los honores cuando no se tiene qué comer!

Mi padre se inclinó respetuoso y la acompañó hasta la puerta del vestíbulo. Yo estaba a su lado con mi chaquetita corta, los ojos fijos en el suelo, como un condenado a muerte. La actitud de Zinaída respecto a mí me había desconcertado por completo. Cuál no sería mi sorpresa cuando, al pasar a mi lado, me susurró precipitadamente y con la tierna expresión de antes en los ojos:

–Venga a casa a las ocho, ¿me oye? Sin falta...

Hice un gesto de asombro, pero ella ya se había cubierto la cabeza con un chal blanco y había salido.

7

A las ocho en punto, con mi capote y un tufo bien peinado entraba yo en el vestíbulo del ala donde vivía la princesa. El viejo criado me miró sombrío y se levantó de mala gana de su banco. En la sala se oían voces alegres. Abrí la puerta y retrocedí estupefacto. La joven princesa, con un sombrero de hombre en la mano, estaba en el centro de la habitación, de pie en una silla, alrededor de la cual se aglomeraban cinco hombres, que trataban de meter la mano en el sombrero; pero ella lo alzaba sacudiéndolo con fuerza. Al verme exclamó:

–Aguarden, aguarden, ha llegado un nuevo invitado, hay que darle también un billete –y, bajando de un salto de la silla, me tiró de la manga del redingote, diciendo: Venga, ¿qué hace usted ahí parado? Messieurs, permítanme presentarles: este es Monsieur Voldemar, el hijo de nuestro vecino –y, dirigiéndose a mí, añadió presentándome a sus huéspedes–: El conde Malievski; el doctor Lushin; el poeta Maidánov; Nirmatski, capitán retirado, y el húsar Bielovsórov, que ya conoce usted. Sean ustedes buenos amigos.

Fue tal mi aturdimiento que ni siquiera saludé a nadie; en el doctor Lushin reconocí al señor moreno que me había hecho ruborizar tan despiadadamente en el jardín; a los demás era la primera vez que los veía.

–¡Conde! –continuó Zinaída–, escríbale una papeleta a Monsieur Voldemar.

–Esto no es justo –objetó el conde con un ligero acento polaco. Era un hombre moreno, vestido con refinamiento, muy guapo, con expresivos ojos castaños, una estrecha naricita blanca y unos finísimos bigotes sobre la boca diminuta–. Él no ha jugado con nosotros a las prendas.

–Es injusto –lo apoyaron Bielovsórov y el señor que me fue presentado como capitán retirado: hombre de unos cuarenta años, horrorosamente picado de viruelas, con el pelo crespo como un moro, un poco encorvado, cojo, la guerrera desabrochada, sin charreteras.

–Pero si le acabo de decir que escriba una papeleta –repitió la princesa–. ¿Qué sublevación es ésta? Monsieur Voldemar es la primera vez que está con nosotros, y hoy no existen leyes para él. No refunfuñe y escriba, así lo quiero yo.

El conde se encogió de hombros, pero inclinó sumiso la cabeza, tomó una pluma con su mano blanca constelada de sortijas. Arrancó un trozo de papel y escribió algo.

–Por lo menos, permítame explicarle al señor Voldemar de qué se trata –comenzó Lushin con sorna–, porque está todo desconcertado. Vea usted, joven, se trata de que estamos jugando a las prendas; la princesa tiene que pagar prenda, y el que saque la venturosa papeleta tendrá derecho a besarle la mano. ¿Ha comprendido lo que le he dicho?

Lancé una rápida mirada en su dirección, pero todo me pareció entre nieblas; la princesa volvió a subirse a la silla y a agitar el sombrero. Todos la siguieron, y yo en pos de los demás.

–Maidánov –dijo la princesa a un joven alto de cara enjuta, ojos pequeños y melena negra, excesivamente larga–, usted, que es poeta, debería ser generoso y ceder su papeleta a Monsieur Voldemar, para que él tuviera dos probabilidades en lugar de una.

Pero Maidánov denegó con la cabeza, sacudiendo su melena. Yo fui el último en introducir la mano en el sombrero, desdoblé el papelito... ¡Dios mío, qué emoción al leer la palabra: un beso!

–¡Un beso! –exclamé instintivamente.

–¡Bravo! Ha ganado –exclamó la princesa–. ¡Qué contenta estoy! –bajó de la silla y me miró a los ojos con tanta pureza y dulzura, que se me cayó el alma a los pies–. ¿Usted está contento? –preguntó.

–¿Yo?...

–Véndame su papeleta –soltó de pronto Bielovsórov junto a mi oreja–. Le doy cien rublos.

Respondí al húsar con una mirada tan iracunda, que Zinaída se puso a aplaudir, y Lushin exclamó: ¡Formidable!

–Pero yo –continuó éste– como maestro de ceremonias, tengo la obligación de cuidar que se cumplan todas las reglas. Monsieur Voldemar, doble una rodilla: es la costumbre aquí.

Zinaída se puso ante mí, ladeó un poco la cabeza, como si quisiera mirarme mejor, y, dándose importancia, extendió la mano. Se me nubló la vista. Quise hincar una rodilla, pero se me doblaron las dos, y rocé tan desmañadamente con mis labios los dedos de Zinaída, que me arañé un poco la punta de la nariz con una uña suya.

–¡Está bien! –anunció Lushin, y me ayudó a levantarme.

Continuamos jugando a las prendas. Zinaída me sentó a su lado. ¡Qué prendas no inventaría! Entre otras, le tocó a ella representar una "estatua". Eligió para pedestal al feo Nirmatski, a quien obligó a ponerse boca abajo y, para colmo, meter la cabeza en el pecho. Las carcajadas no pararon un instante. Todo ese bullicio y alboroto, esa alegría llana, casi loca, esas relaciones inauditas con personas desconocidas me aturdían, porque era yo un muchacho educado separada y juiciosamente en una casa señorial de graves costumbres. Me sentía embriagado, como si hubiera bebido. Empecé a reír y a parlotear más alto que los demás, tanto que hasta vino a mirarme la vieja princesa, que recibía en la habitación vecina a cierto empleado de las Puertas de Iver a quien había llamado para consultarle. Pero yo me sentía feliz hasta tal punto, que ni siquiera me inmuté, me importaba un comino las burlas y las miradas de soslayo. Zinaída continuaba dándome preferencia, sin dejar que me apartara de ella. En una de las prendas me cayó en suerte estar sentado a su lado, cubiertos los dos con el mismo pañuelo de seda: yo debía confiarle *mi secreto.* Recuerdo que nuestras cabezas se hallaron de improviso en una neblina agobiadora, semitransparente y fragante, que en esa neblina sus ojos brillaban tiernos y cercanos, sus labios abiertos exhalaban calor, descubriendo los dientes, y las puntas de su pelo me cosquilleaban y quemaban. Yo guardaba silencio. Ella sonreía misteriosa, con picardía y, por último, me susurró: "¿Y qué?", a lo que yo me ruboricé, reí y volví la cabeza, porque me ahogaba. Las prendas terminaron por aburrirnos y empezamos a jugar a la cuerda. ¡Dios mío! ¡Qué entusiasmo cuando, por haberme quedado distraído, ella me dio un

golpe fuerte y brusco en los dedos! Después me hice el distraído a propósito, y ella me provocaba, pero no tocaba las manos que yo le ofrecía.

¡Qué no hicimos aquella tarde! Tocamos el piano, cantamos, bailamos y representamos una tribu de gitanos. Vestimos a Nirmatski de oso y le dimos de beber agua con sal. El conde Malievski nos enseñó diferentes juegos de manos con la baraja, y terminó en que, después de barajar, se dio a sí mismo en el whist todos los triunfos, por lo que Lushin "tuvo el honor de felicitarle". Maidánov nos declamó unos fragmentos de su poema "El asesino" (la acción tenía lugar en el apogeo del romanticismo), que tenía la intención de publicar con tapas negras y letras mayúsculas color de sangre; le arrancamos el gorro de las rodillas al empleado de las Puertas de Iver, y lo obligamos a bailar el *kazachok* para que lo recuperara; al viejo Vonifati le pusimos una cofia y la princesa se puso un sombrero de hombre... Es imposible contarlo todo. Sólo Bielovsórov la mayor parte del tiempo permaneció en un rincón, enfadado y mohíno… A ratos los ojos se le inyectaban de sangre, se ponía todo rojo y parecía que de un momento a otro iba a abalanzarse sobre nosotros, desparramándonos como astillas por todos los rincones; pero la princesita le echaba una mirada, lo amenazaba con un dedo, y él volvía a su sitio.

Por último nos abandonaron las fuerzas. La princesa, que, según ella decía, era infatigable y no la molestaba ningún griterío, también se sintió rendida y quiso descansar. Pasadas las once de la noche trajeron por toda cena un trozo de queso viejo y unas empanadillas frías de jamón picado, que me supieron más sabrosas que cualquier foie-gras; había sólo una botella de vino, extraña por demás: oscura, con el gollete ancho; y el vino en ella era de color rosáceo, pero eso no tenía importancia, porque nadie lo bebió. Salí de allí desvanecido de cansancio y de felicidad. Al despedirme, Zinaída me dio un fuerte apretón de manos y volvió a sonreír misteriosamente.

La noche lanzó su hálito pesado y húmedo sobre mi rostro acalorado; parecía que amenazaba tormenta; se acumulaban negros nubarrones y se deslizaban por el cielo, cambiando visiblemente sus contornos vaporosos. El viento palpitaba intranquilo en los árboles oscuros; y en algún lugar lejano, detrás del horizonte, parecía que un trueno gruñía para sus adentros, enojado y sordo.

Me introduje en mi habitación por la puerta de atrás de la casa. Mi sirviente dormía en el suelo, y tuve que saltar por encima de él. Se despertó y, al verme, me anunció que mi madre se había vuelto a enfadar y quiso otra vez mandar a buscarme, pero que mi padre la hizo desistir. (Nunca me acostaba sin despedirme de mi madre y sin pedirle la bendición). ¡Qué había de hacer! Le dije al sirviente que me desnudaría y acostaría sin su ayuda, y apagué la vela... Pero no me desnudé ni me acosté.

Me senté en una silla y estuve largo tiempo como fascinado. Lo que experimentaba era tan nuevo, tan dulce... Estaba sentado, mirando apenas en torno, inmóvil, respirando lentamente. De tanto en tanto me reía en silencio, recordando algo, o sentía un frío interior al pensar que estaba enamorado, y que era eso lo que se llama amor. En la penumbra, el rostro de Zinaída se deslizaba pausadamente ante mí, se deslizaba y no terminaba de pasar; sus labios seguían sonriendo enigmáticos, sus ojos me miraban un poco de lado, interrogantes, pensativos y tiernos... como en el instante en que me había separado de ella. Por último me levanté, me aproximé de puntillas a mi cama y, sin desvestirme, posé con cuidado la cabeza sobre la almohada, como si temiera con un movimiento brusco importunar a aquello que colmaba todo mi ser...

Me eché en la cama, pero ni siquiera cerré los ojos. Pronto noté que unos débiles reflejos penetraban sin cesar en mi alcoba... Me incorporé un poco y miré por la ventana. Su marco resaltaba claramente, mientras los cristales blanqueaban misteriosos e imprecisos. "Tormenta", pensé. Y, en efecto, era la tormenta, pero tan lejos que ni se oía el trueno; sólo en el cielo se encendían sin interrupción unos rayos pálidos, largos, como ramificados: y no se podría decir que se encendían, sino más bien que trepidaban y se contraían, como el ala de un ave moribunda. Me levanté, y permanecí junto a la ventana hasta el alba... Los relámpagos no cesaban un instante. Miraba yo el mudo campo arenoso, el oscuro macizo del parque Nieskuchni, las fachadas amarillentas de los edificios lejanos, que también parecían estremecerse a cada débil resplandor... Yo estaba extasiado y no podía apartarme de la ventana: esos relámpagos mudos, esos destellos imprecisos parecían corresponder a los anhelos mudos y secretos que se encendían también en mi interior. Empezó a amanecer; la aurora aparecía con su luz rojiza. Conforme se levantaba el sol, los relámpagos se hacían más pálidos y más cortos: los estruendos llegaban cada vez con más intervalo, y

terminaron por desaparecer, sumergidos en la luz fresca y palpable del nuevo día.

También desaparecieron los rayos en mi interior. Sentí un cansancio inmenso y el silencio… pero la imagen de Zinaída continuaba flotando, triunfante, sobre mi alma. Sólo que esa imagen parecía apaciguada: igual que un cisne que, al alzar el vuelo de las hierbas de un pantano, se separa de las inmóviles figuras que lo rodean. Y yo, al quedarme dormido, me postré por última vez ante esa imagen, despidiéndome de ella con devota adoración...

Oh, dulces sentimientos, suaves sonidos, bondad y sosiego de mi alma que acababa de despertarse, alegría desvaneciente de los primeros enternecimientos del amor ¿dónde están, dónde?

8

Cuando bajé a la mañana del día siguiente a tomar el té, mi madre me reprendió –aunque menos de lo que yo esperaba– y me obligó a que le contara cómo había pasado la tarde de la víspera. Respondí en pocas palabras, omitiendo muchos pormenores y procurando que todo pareciera lo más inocente posible.

–Sin embargo, no son personas *comme il faut* –señaló mi madre–, y tú no tienes por qué ir a verlas, en lugar de estar estudiando y preparándote para los exámenes.

Como sabía que el interés de mi madre por mis estudios se limitaría a esas pocas palabras, no consideré necesario alegar nada; pero después del té mi padre me tomó del brazo, se encaminó conmigo al jardín y me hizo contarle todo lo que había visto en casa de las Zasekin.

Mi padre ejercía sobre mí una extraña influencia, y extraño también era nuestro trato. Casi no se ocupaba de mi educación, pero jamás me ofendía, respetaba mi voluntad, era incluso si pudiéramos decirlo así, amable conmigo... pero me tenía a distancia. Yo lo quería, sentía devoción por él, era para mí el hombre ejemplar, y sin duda me habría apegado apasionadamente a él, de no sentir a cada momento que su mano me rechazaba. Por el contrario, cuando él se lo proponía, poseía el don de despertar en mí, casi instantáneamente, con una sola palabra, con un solo movimiento, una confianza ilimitada. Mi alma se abría de par en par, yo conversaba con él como si se tratara de un amigo juicioso, un consejero condescendiente... después, también de improviso, me abandonaba y su mano volvía a rechazarme, con ternura y delicadeza, pero me rechazaba.

A veces, en un arranque de jovialidad, se ponía a corretear y jugar conmigo, como si fuera una criatura (le gustaban los ejercicios corporales); una vez –¡tan sólo una vez!– me acarició con tanto cariño, que casi me eché

a llorar... Pero tanto la jovialidad como el enternecimiento desaparecían sin dejar huella, sin que auguraran ninguna esperanza para el futuro; se diría que todo lo había visto en sueños. Solía acaecer que me quedaba yo contemplando su rostro inteligente, hermoso, claro... el corazón me palpitaba y todo mi ser tendía hacia él... y él presintiendo por lo visto mi estado de ánimo, me daba, con negligencia, unas palmaditas en la mejilla y, acto seguido se marchaba, o bien se ponía a hacer algo o, de pronto, su expresión se tornaba glacial, como era propio de él, y yo en seguida me encogía y también me quedaba frío. Sus raros accesos de benevolencia para conmigo nunca fueron provocados por mis calladas, aunque comprensibles, súplicas: siempre fueron repentinos. Analizando mucho después el carácter de mi padre llegué a la conclusión de que no le interesábamos ni el hogar ni yo; amaba otra cosa y supo gozar de ella hasta saciarse. "Aprovéchate todo lo que puedas, pero no te entregues tú mismo: el sentido de la vida es no pertenecer a nadie más que a sí mismo", me dijo en cierta ocasión. Y en otra, dándomelas de joven demócrata, me puse en su presencia a divagar sobre la libertad (ese día mi padre, como yo decía, era "bueno"; entonces se podía hablar de todo con él).

–La libertad –repitió–, ¿sabes tú lo que puede dar al hombre la libertad?

–¿Qué?

–La voluntad, la propia voluntad, la que, además, da el poder, que es mejor que la libertad. Si sabes desearlo y serás libre, y también dominarás.

Mi padre, ante todo y más que nada, quería vivir, y vivía... Quizá presentía que no le quedaba mucho tiempo para "aprovecharse" de la vida: murió a los cuarenta y dos años.

Le conté con detalle mi visita donde las Zasekin. Me escuchó entre atento y distraído, sentado en el banco y dibujando algo en la arena con la punta del látigo. Una vez que otra se rió francamente, me miraba complacido y me incitaba con breves preguntas y objeciones. Al principio ni me atrevía a pronunciar el nombre de Zinaída, pero, como eso era superior a mis fuerzas, comencé a ponerla por las nubes. Mi padre seguía sonriendo. Después se quedó pensativo, se desentumeció y se levantó.

Recordé que al salir de casa había ordenado que le ensillaran el caballo. Era un excelente jinete y sabía domar al caballo más salvaje en menos

tiempo que el señor Rarey.

–¿Voy contigo, padre? –le pregunté.

–No –me contestó, y su cara adquirió la corriente expresión de suave indiferencia–. Ve tú solo, si quieres, y dile al cochero que no me espere.

Me dio la espalda y se alejó a grandes pasos. Lo seguí con la vista: franqueó la puerta; vi que su sombrero se deslizaba a lo largo de la valla: entraba en casa de las Zasekin.

Permaneció allí no más de una hora, y sin pérdida de tiempo se fue a la ciudad, de donde volvió cuando ya había atardecido.

Después de la comida yo también fui a casa de las Zasekin. En la sala hallé sólo a la princesa madre que, al verme, se rascó la cabeza por debajo de la cofia con una aguja de tejer y me preguntó de sopetón si le podía copiar una instancia.

–Con mucho gusto –respondí sentándome en el borde de la silla.

–Trate de hacer las letras bien grandes –la princesa me dio una hoja llena de garabatos y preguntó–: y ¿no podría escribirla hoy, jovencito?

–Hoy mismo la copiaré.

La puerta de la habitación contigua se abrió apenas y en la abertura vi el rostro de Zinaída, pálido, ensimismado, con los cabellos caídos negligentemente hacia atrás; me miró con sus grandes ojos fríos y cerró despacio la puerta.

–¡Zina, Zina! –llamó la vieja.

Zinaída no respondió. Me llevé la instancia de la princesa y pasé toda la tarde copiándola.

9

Ese día empezó “mi pasión”. Me acuerdo que sentí entonces algo semejante a lo que debe sentir una persona que la han contratado para trabajar: había dejado de ser simplemente un muchacho; estaba enamorado. He dicho que desde ese día empezó mi pasión; podría añadir que desde ese mismo día comenzaron mis sufrimientos. Me consumía cuando no estaba con Zinaída, no podía pensar en nada, ni hacer nada; pasaba los días enteros pensando intensamente en ella... Me consumía... pero en su presencia no encontraba ningún alivio. Estaba celoso, comprendía mi insignificancia, me enfadaba por cualquier tontería, por cualquier tontería me humillaba, y, a pesar de todo, una fuerza irresistible me atraía hacia ella; cada vez que traspasaba la puerta de su aposento sentía un temblor involuntario de felicidad. Zinaída no tardó en adivinar que estaba enamorado de ella, y yo no pensaba ocultárselo: ella se recreaba con mi pasión, bromeaba. Me consentía y torturaba. Es dulce ser la fuente única, la causa absoluta y mansa de inmensas alegrías y del profundísimo dolor de otra persona, y yo en manos de Zinaída era tan dócil como la cera. Por cierto, que no era yo el único enamorado; todos los hombres que frecuentaban su casa estaban locos por ella; Zinaída los sometía a todos, los tenía rendidos a sus pies. Se divertía despertando en sus admiradores hoy esperanza, mañana recelo, y haciendo con ellos lo que le daba la gana (ella decía que eso era “golpear una persona contra otra”); ellos ni pensaban oponer resistencia y se sometían encantados. En todo su ser animoso y bello había cierta mezcla extraordinariamente atractiva de picardía y despreocupación, de artificio y sencillez, de calma y travesura. Todo lo que hacía y decía, cada movimiento suyo estaba saturado de un sutil y ligero hechizo, todo llevaba el sello de una fuerza peculiar, juguetona. Y también su rostro cambiaba a cada instante, expresando casi a un mismo tiempo ironía, meditación y vehemencia. Por sus ojos y sus labios pasaban fugaces los más variados

sentimientos, leves, rápidos, como sombras de nubes en un día soleado y con viento.

Zinaída no podía pasar un día sin cada uno de sus admiradores. Bielovsórov, a quien a veces llamaba “mi fiera” y otras simplemente “mío”, se hubiera arrojado por ella gozoso al fuego; sin confiar en su inteligencia ni en otras cualidades, le ofrecía a cada momento casarse con ella, insinuándole que los otros sólo gastaban palabras. Maidánov hacía vibrar las fibras poéticas de su alma: era un hombre bastante frío como casi todos los poetas, pero se esforzaba por persuadirla, y quizá también por persuadirse a sí mismo, de que la adoraba; la ensalzaba en versos interminables, y se los leía con un arrebato que tenía tanto de afectado como de natural. Ella le tenía simpatía, pero se burlaba un poquitín de él; no le creía del todo y, después de oír sus efusivas declamaciones, lo obligaba a recitar a Pushkin, para dar aire, como ella decía. Lushin, el doctor irónico y cínico de palabra, era el que mejor la conocía y el que más la amaba, aunque la sermoneaba en su presencia y en su ausencia. Ella lo respetaba, pero no le perdonaba nada y en varias ocasiones, con singular y malévola satisfacción, le daba a entender que a él también lo tenía en sus manos. Una vez le dijo en mi presencia: “¿Conque soy coqueta, conque yo no tengo corazón, conque tengo naturaleza de actriz? ¡Está bien! Deme su mano y yo le clavaré un alfiler; a usted le dará vergüenza de este joven, usted sentirá dolor y, a pesar de todo, tenga la bondad de reírse, muy veraz señor mío”. Lushin se sonrojó, volvió la cabeza, se mordió un labio, pero terminó extendiendo la mano. Zinaída lo pinchó, y él, efectivamente, se echó a reír... ella también reía, clavándole bastante profundo el alfiler y mirándolo a los ojos, que él inútilmente apartaba...

Lo que menos comprendía yo eran las relaciones entre Zinaída y el conde Malievski. Él era apuesto, hábil e inteligente, pero incluso a mí, un muchacho de dieciséis años, me parecía notar en él algo dudoso, falso, y me asombraba que Zinaída no lo viera. Quizá ella percibiera esa falsedad y no le repugnara. Esa educación incorrecta, esas extrañas amistades y costumbres, la presencia constante de la madre, la pobreza y el desorden de la casa, todo, esa libertad que gozaba la joven, la sensación de su superioridad, sobre los que la rodeaban, habían formado en ella cierta desdeñosa negligencia y falta de exigencia. Podía venir Vonifati a decir que no había azúcar, podía salir a relucir algún chisme infame, podían discutir

las visitas, pero ella sacudía sus bucles diciendo: ¡boberías!, y ya nada le importaba.

Yo, por el contrario, sentía que la sangre me hervía cada vez que Malievski se aproximaba a ella, balanceándose astutamente, como una zorra, se apoyaba con elegancia en el respaldo de su silla y le empezaba a susurrar a la oreja con una sonrisita presuntuosa y aduladora, y ella cruzaba las manos sobre el pecho, lo miraba atentamente y sonreía moviendo la cabeza.

Cierta vez le pregunté:

–¿Para qué recibe usted al señor Malievski?

–Pero si tiene unos bigotitos preciosos. ¡Ah, eso no lo entiende usted! –respondió.

En otra ocasión me dijo:

–No vaya a creer usted que lo quiero. No, no podría querer a una persona a la que debo mirar de arriba abajo. Yo necesito un hombre que sepa dominarme... Pero Dios es bondadoso y no encontraré a un hombre así. No caeré en garras de nadie, no caeré, no.

–Por lo tanto, ¿usted nunca amará?

–¿Y a usted? ¿Es que no lo quiero a usted? –me dijo golpeándome en la nariz con el guante.

Sí, Zinaída se burlaba de mí. En el transcurso de tres semanas la veía cada día ¡y cuántas cosas, cuántas cosas se había permitido hacer conmigo! A nuestra casa apenas venía, y yo no lo lamentaba, porque cuando llegaba era la señorita princesa, y yo me cohibía. Temía que mi madre se diera cuenta porque no simpatizaba con Zinaída y nos observaba con reprobación. A mi padre no le tenía tanto miedo: él parecía no reparar en mí y hablaba poco con ella, pero con mucha discreción y gravedad. Dejé de estudiar, de leer, dejé hasta de pasear por los alrededores y de montar a caballo. Rondaba a todas horas la casita entrañable, como un escarabajo atado de la patita; me hubiera quedado allí para siempre... pero era imposible, mi madre refunfuñaba y hasta Zinaída llegó a echarme.

Entonces me encerraba en mi cuarto o me ocultaba en el fondo del jardín, me encaramaba a las ruinas de un alto invernadero de piedra y, colgantes las

piernas en el muro que daba a la carretera, me pasaba las horas mirando, mirando y sin ver nada. Unas mariposas blancas revoloteaban indolentes a mi lado sobre una ortiga polvorienta; un audaz gorrión se posaba cerca en un ladrillo rojo, medio roto, y trinaba irritado, agitando sin cesar su cuerpecito y abriendo su diminuta cola; las cornejas, desconfiando aún, graznaban de cuando en cuando, sentadas muy alto en la copa desnuda de un abedul; el sol y el viento jugaban suavemente en sus deshojadas ramas; a ratos, desde el monasterio Donskói, llegaba el tañido reposado y monótono de las campanas; y yo permanecía sentado, contemplando, escuchando, invadido por un sentimiento sin nombre en el que se encierra todo: la tristeza y la alegría, el presentimiento del mañana, el deseo de vivir y el temor a esa vida. Para entonces no comprendía nada de eso y no podría haberle dado nombre a nada de lo que me enardecía, o le habría puesto solo uno: Zinaída.

Pero ella seguía jugando conmigo como el gato con el ratón. Unas veces coqueteaba, y yo me emocionaba y derretía; otras, inesperadamente, me rechazaba, y yo no me atrevía a aproximarme ni a mirarla.

Recuerdo que durante varios días consecutivos estuvo muy fría conmigo; yo me sentía acobardado, entraba vacilando en su casa, y procuraba quedarme junto a la princesa madre, a pesar de que ella lanzaba muchas imprecaciones y gritos: los asuntos de las letras de cambio corrían mala suerte y ya había tenido dos explicaciones con la comisaría.

Un día iba por el jardín junto a la conocida valla y vi a Zinaída sentada en la hierba, la barbilla sobre las dos manos, inmóvil. Quise retirarme sin hacer ruido, pero de repente alzó la cabeza y me hizo una señal imperativa. No comprendí su gesto y no me moví de mi sitio. Volvió a repetirlo. Salté la valla de un brinco y corrí feliz hacia ella; pero me detuvo con la mirada indicándome el caminito a dos pasos de donde ella estaba. Cohibido y sin saber qué hacer, me hinqué de rodillas al borde de la senda. Su rostro estaba tan pálido, cada rasgo suyo denotaba una aflicción tan amarga, un cansancio tan hondo, que se me encogió el corazón y musité espontáneamente:

–¿Qué le ocurre?

Zinaída extendió un brazo, arrancó una hierbecita, la mordió y la arrojó lejos. Por último me preguntó:

–Usted me quiere mucho, ¿verdad?

No le respondí: ¿para qué?

–Sí –continuó ella, sin dejar de mirarme–. Así es. Los mismos ojos –añadió, se quedó pensativa y se cubrió el rostro con las manos–. Todo me es odioso –murmuró– me iría al fin del mundo, no puedo resistir esto, no puedo dominarme... ¡Qué me espera! ... ¡Ah, qué angustia... Dios mío, qué angustia!…

–¿Por qué razón? –inquirí tímidamente.

Zinaída no contestó y se encogió de hombros. Yo seguía de rodillas contemplándola con profundo abatimiento. Cada palabra suya se me clavaba en el corazón. Creo que en ese instante habría dado con placer la vida con tal de que ella no sufriera. La miraba y, a pesar de que no comprendía por qué sufría tanto, mi fantasía vio con toda nitidez que ella, de improviso, en un arranque de incontenible pesar, había salido al jardín y allí había caído, como segada, a tierra. Todo a su alrededor era luz y verdor; el viento susurraba en las hojas de los árboles, balanceando a ratos una larga rama de frambuesa sobre la cabeza de Zinaída. A lo lejos se escuchaba el arrullo de unas palomas, y las abejas zumbaban, volando a poca altura sobre la escasa hierba. El cielo brindaba su inefable azul, y yo me sentía invadido por la tristeza...

–Recíteme alguna poesía –me dijo Zinaída a media voz y se apoyó en un codo–. Me gusta cuando usted recita. Lo hace con voz cantarina, pero no es nada, es porque usted es joven. Recíteme *En los montes de Georgia.* Pero antes, siéntese.

Me senté y recité *En los montes de Georgia*.

–"...Que no puede no amar" –repitió Zinaída–. Eso es lo bueno de la poesía: nos habla de lo que no existe, y de lo que no sólo es mejor de lo que existe, sino incluso de lo que es más parecido a la realidad... Que no puede no amar –¡querría, pero no puede!–Volvió otra vez a guardar silencio, se estremeció de pronto y se levantó–. Vamos, Maidánov está con mi madre; me ha traído un poema suyo, y yo lo dejé allí: él también está ahora afligido... ¡qué hacer! Usted comprenderá algún día... ¡no se enfade entonces conmigo!

Zinaída me dio un rápido apretón de manos y se alejó corriendo. Volvimos a la casa. Maidánov inició la lectura de su “Asesino”, que acababa de ser publicado; yo no lo escuchaba. Declamaba a voz en pecho sus yambos, las rimas se sucedían y sonaban como cascabeles, banales y sonoras, y yo miraba a Zinaída, tratando de desentrañar el sentido de sus últimas palabras.

¿Será que un rival secreto
Te ha logrado conquistar?

exclamó de pronto Maidánov con voz nasal; y mis ojos se cruzaron con los de Zinaída. Ella los bajó y se ruborizó apenas. Noté ese rubor y me quedé espantado. Antes ya tenía celos, pero sólo en ese instante pasó como un rayo por mi imaginación la idea de que ella amaba a alguien. “¡Dios mío! ¡Ella ama a alguien!”

10

En ese mismo momento comenzó mi martirio. Me devanaba los sesos, cavilaba, reflexionaba, volvía a reflexionar y observaba a Zinaída a sol y sombra, aunque de la manera más furtiva posible. En ella se había operado un cambio, eso estaba claro. Salía a pasear sola y por largo rato. A veces no se dejaba ver por las visitas y se pasaba horas enteras en su cuarto. Antes no ocurría eso. De pronto me volví aún más perspicaz o me parecía serlo. "¿Será éste? ¿O aquél?", me interrogaba, pasando inquieta mi imaginación de un admirador a otro. El conde Malievski –aunque me daba vergüenza por Zinaída reconocerlo– me parecía el más peligroso.

Mis facultades de observación no iban más allá de mis narices y mi reserva, por lo visto, no engañó a nadie; por lo menos el doctor Lushin se dio cuenta muy pronto de mi estado. Por cierto, él también había cambiado en los últimos tiempos: estaba más delgado, se reía con la misma frecuencia, pero de una forma más sorda, iracunda y lacónica; una irritación involuntaria, nerviosa, había sustituido su anterior ironía ligera y su cinismo afectado.

–¿A qué viene usted aquí a todas horas, jovencito? –me dijo en cierta ocasión que se quedó conmigo en la sala de las Zasekin. (La joven princesa no había vuelto de su paseo, y en la buhardilla sonaba la voz chillona de la madre, discutiendo con la criada). –Usted tiene que estudiar, trabajar mientras sea joven, por el contrario ¿qué hace usted?

–Usted no puede saber si trabajo o no en la casa –objeté no sin descaro, pero con cierta turbación.

–¡Qué va a trabajar usted! No es eso lo que le preocupa. Aunque no se lo discuto... a sus años es corriente. Pero yo no diría que su elección sea feliz. ¿Es que no ve cuál casa es ésta?

–No entiendo.

–¿No me entiende? Peor para usted. Considero que es mi deber advertírselo. Nosotros, los viejos solterones, podemos venir aquí, ¿qué nos puede ocurrir? Ya estamos templados, nada hace mella en nosotros, pero usted aún tiene el cutis terso; este aire es perjudicial para usted, créame, puede contaminarse.

–¿De qué?

–Pues muy sencillo. ¿Está usted ahora sano? ¿Su estado es normal? ¿Acaso lo que siente es saludable, es bueno para usted?

–¿Pero qué siento? –protesté reconociendo interiormente que el doctor tenía razón.

–Ay, jovencito, jovencito –continuó el doctor con pesadumbre, como si esa palabra encerrara algo muy ofensivo para mí–, pero si usted no sabe disimular. Porque, gracias a Dios, su cara es el espejo de su alma. Aunque ¡para qué voy a darle un sermón! Yo mismo dejaría de pisar esta casa si… (el doctor apretó los dientes), si no fuera igual de extravagante. Pero una cosa me maravilla, y es que usted, con lo inteligente que es, no vea lo que ocurre a su alrededor.

–¿Y qué ocurre? –interrogué poniéndome alerta.

El doctor me miró con burlona lástima.

–Qué bueno soy –dijo como hablando consigo mismo–, ¿para qué le cuento todo esto? En fin –alzó la voz–, le repito, la atmósfera de esta casa no le sienta bien. Usted está aquí a gusto, pero ¡hay tantas cosas agradables! En un invernadero también huele muy bien, pero en él no se puede vivir. ¡Hombre, hágame caso! Dedíquese otra vez a su Kaidánov.

Entró la princesa madre y empezó a quejarse ante el doctor de que le dolían las muelas. Después se presentó Zinaída.

–Aquí la tiene, señor doctor –siguió la princesa–llámele la atención. Todo el día está bebiendo agua con hielo. ¿Acaso es saludable con ese pecho tan débil que tiene?

–¿Para qué hace usted eso? –inquirió Lushin.

–¿Y qué puede ocurrir?

–¿Qué puede ocurrir? Puede usted resfriarse y morir.

–¿Es cierto? ¿Será posible? ¿Y qué?, lo tendría bien merecido.

–¡Por favor! ... –refunfuñó el doctor.

La princesa se retiró.

–¡Por favor!… –remedó Zinaída–. ¿Es tan alegre la vida? Mire alrededor... ¿Qué, se vive bien? ¿O cree usted que yo no lo comprendo, no lo siento? Me produce placer beber agua con hielo, ¿y usted puede asegurarme con seriedad que no vale la pena arriesgar esta vida por un instante de placer, no digamos ya de felicidad?

–Pues sí, capricho e independencia son las palabras que la retratan a usted de cuerpo entero: toda su naturaleza se encierra en esas dos palabras.

Zinaída rió nerviosa.

–Ha llegado tarde, amable doctor. Usted es un mal observador; se retrasa. Póngase gafas. No estoy ahora para caprichos; ponerles a ustedes en ridículo, ponerme a mí... ¡es mucho más divertido! En cuanto a la independencia... Monsieur Voldemar –añadió de pronto y dio una patadita en el suelo–, no ponga esa cara melancólica. Detesto cuando me tienen lástima –salió rápidamente.

–Es peligrosa, muy peligrosa para usted esta atmósfera, joven –insistió Lushin.

11

La tarde del mismo día se reunieron en casa de las Zasekin los invitados de siempre, yo entre ellos.

La conversación giró en torno al poema de Maidánov; Zinaída lo alababa sinceramente.

–¿Pero sabe usted que si yo fuera poeta escribiría sobre otros temas? –le dijo–. Quizá sea absurdo, pero a veces se me ocurren cosas extrañas, sobre todo si estoy despierta al amanecer, cuando el cielo empieza a ponerse rosa y gris. Yo, por ejemplo... ¿No se reirán ustedes de mí?

–¡No, no! –protestamos todos al mismo tiempo.

Ella cruzó los brazos sobre el pecho, desvió la mirada y continuó:

–Yo describiría un grupo de muchachas, de noche, en una barca grande, en un río apacible. La luna despide su blanca luz, ellas van vestidas de blanco, y sus coronas son también de blancas flores; y cantan, ¿saben ustedes qué cantan?, algo semejante a un himno.

–Comprendo, comprendo, continúe –asintió Maidánov, con aire soñador y significativo.

–De súbito, algarabía, risas, antorchas y panderetas en la orilla... Es una muchedumbre de bacantes que llega corriendo con gritos y canciones. Ahora le corresponde a usted, señor poeta, pintar el cuadro... pero yo quisiera que las antorchas fueran rojas y echaran mucho humo; y que los ojos de las bacantes brillaran bajo las coronas, que deberán ser oscuras. No se olvide de las pieles de tigre ni de los tazones, y del oro, mucho oro.

–¿Dónde debe haber oro? –interrogó Maidánov, echando hacia atrás su lacio pelo y dilatando las aletas de la nariz.

–¿Dónde? En los hombros, en las manos, en las piernas, en todas partes. Dicen que en la antigüedad las mujeres usaban anillos de oro en los tobillos. Las bacantes invitan a las jóvenes de la barca a que se aproximen. Las muchachas dejan de cantar su himno –no pueden continuarlo–, pero están inmóviles: el río las empuja hasta la orilla. Inesperadamente, una de ellas se alza con lentitud... Esto hay que describirlo muy bien: cómo se levanta despacio a la luz de la luna y cómo se asustan sus amigas... Ella atraviesa el borde de la barca, las bacantes la rodean, la transportan veloces a la noche, a las penumbras... Imagínense torbellinos de humo, y todo se mezcla. Sólo se oye el griterío, y en la orilla queda la corona de ella. Zinaída enmudeció. "¡Oh, ama a alguien!", volví a pensar.

–¿Nada más? –preguntó Maidánov.

–Nada más.

–Eso no puede ser argumento para todo un poema –dijo él con suficiencia–, pero aprovecharé su idea para escribir una poesía lírica.

–¿Al estilo romántico? –interrogó Malievski. –Claro está, al estilo romántico de Byron.

–A mí me parece que Hugo es mejor que Byron –opinó con negligencia el joven conde–, es más interesante.

–Hugo es un escritor de primera categoría –objetó Maidánov–, y mi amigo Tonkoshéiev, en su novela españo*la El Trovador*...

–¿Ah, ese libro con signos de interrogación boca abajo? –lo interrumpió Zinaída.

–Sí, los españoles lo usan así. Pues yo quería decir que Tonkoshéiev...

–¡Por favor! Ustedes se pondrán a discutir otra vez sobre el clasicismo y el romanticismo –lo interrumpió por segunda vez Zinaída–. Mejor juguemos algo...

–¿A las prendas? –propuso Lushin.

–No, eso es aburrido; a las comparaciones–. (Ese juego lo había inventado Zinaída. Consistía en nombrar un objeto, y cada uno trataba de compararlo con algo, recibiendo un premio quien propusiera la mejor

comparación). Zinaída se aproximó a la ventana. El sol acababa de ponerse; muy alto en el cielo colgaban largas nubes rojas.

–¿A qué se parecen esas nubes? –interrogó Zinaída y, sin esperar nuestra respuesta, dijo: Pienso que se parecen a las velas purpúreas de la nave de oro de Cleopatra, cuando salió al encuentro de Antonio. ¿Se acuerda, Maidánov? Usted me lo contó hace poco.

Y nosotros, como Polonio en *Hamlet*, estuvimos de acuerdo en que las nubes se parecían a esas velas, y que nadie encontraría una mejor imagen.

–¿Cuántos años tenía entonces Antonio? –preguntó Zinaída.

–Seguramente sería muy joven –respondió Malievski.

–Sí, joven –afirmó Maidánov.

–Perdonen –exclamó Lushin–, tenía más de cuarenta años.

–Más de cuarenta –respondió Zinaída, lanzándole una rápida mirada.

Poco después me fui a la casa. “Ella ama a alguien –murmuraban mis labios–… Pero ¿a quién?”

12

Pasaban los días. Zinaída se iba haciendo cada vez más rara e incomprensible. Un día entré en su cuarto y la vi sentada en una silla de mimbre, la cabeza apoyada en el borde de la mesa. Se irguió... todo su rostro estaba anegado en lágrimas.

–¡Ah! ¡Es usted! –me dijo con cruel ironía–. Acérquese.

Me aproximé; ella me puso la mano en la cabeza y, tomando súbitamente mis cabellos, comenzó a enroscarlos.

–Me duele –terminé por confesar.

–¡Ah, le duele! ¡Y cree que a mí no me duele! ¿No me duele? –repetía.– ¡Oh! –exclamó al ver que me había arrancado un pequeño mechón–. ¿Qué he hecho? ¡Pobre Monsieur Voldemar!

Alisó con cuidado el mechón arrancado, lo enrolló en un dedo haciendo un rizo.

–Pondré su pelo en mi medallón y lo llevaré siempre puesto –me dijo, y en los ojos le seguían brillando las lágrimas–. Puede que esto lo consuele a usted un poco... y ahora, adiós.

Al volver a la casa me encontré con un contratiempo. Mi madre pedía explicaciones a mi padre: ella le reprochaba algo y él, como de costumbre, guardaba silencio fría y cortésmente. No tardó en salir de la casa. No pude oír lo que le decía mi madre, ni me importaba en aquel momento; recuerdo que al terminar las explicaciones mi madre ordenó que me llamaran a su escritorio y me habló muy disgustada de mis frecuentes visitas a la casa de la princesa quien, según ella, *era une femme capable de tout*. Le besé la mano (lo que hacía siempre cuando quería poner fin a alguna conversación) y me retiré a mi cuarto. Las lágrimas de Zinaída me habían terminado de

desconcertar: no sabía qué pensar, y de un momento a otro me hubiera echado a llorar: a pesar de mis dieciséis años seguía siendo una criatura. Ya no pensaba más en Malievski, aunque Bielovsórov se tornaba cada día más amenazador y miraba al mañoso conde como el lobo a la oveja; además, yo no podía pensar en nada ni en nadie. Me devanaba los sesos reflexionando, y buscaba donde aislarme. Me encariñé mucho con las ruinas del invernadero. Solía encaramarme a su alto muro, me sentaba allí y presumía ser un joven desgraciado, solo y apesadumbrado, hasta el punto de llegar a sentir lástima de mí mismo. ¡Me proporcionaban tanto placer esas congojas, me complacía tanto con ellas!...

Un día estaba yo sentado en mi muro, mirando a la lejanía y escuchando el repique de las campanas, cuando... algo me hizo estremecer –no se podría decir que fuera una brisa ni un escalofrío, sino un hálito, algo así como la sensación de que alguien estaba muy cerca... Bajé la vista. Por el camino, con un vaporoso vestido gris y una sombrilla rosa al hombro, iba Zinaída a paso rápido. Me vio, se detuvo y. alzando el ala de su sombrero de paja, me miró con sus ojos aterciopelados.

–¿Qué hace usted en esas alturas? –preguntó con una extraña sonrisa. Y añadió–: Usted no hace más que asegurarme que me quiere. Si realmente es así salte al camino.

No había terminado Zinaída de pronunciar esas palabras, y ya volaba yo, como si alguien me hubiera empujado. El muro tenía más de cuatro metros de altura. Caí de pie, pero el golpe fue muy fuerte y no pude sostenerme: me desplomé y perdí el sentido por un instante. Cuando volví en sí, sin abrir los ojos, sentí a Zinaída a mi lado.

–Mi querido chiquillo –decía inclinándose sobre mí y en su voz percibí una inquieta ternura: ¿Cómo has podido hacer eso? ¿Cómo has podido hacerme caso?... No ves que te quiero... levántate.

Su pecho respiraba junto al mío, sus manos reposaban en mi cabeza y, de pronto –¡qué sensación se apoderó de mí entonces!–, sus labios blandos y frescos comenzaron a cubrir mi cara de besos... rozaron mis labios... Pero Zinaída, por lo visto, comprendió en ese instante por mi expresión que yo ya había recuperado el conocimiento, aunque seguía con los ojos cerrados, y alzándose rápidamente, pronunció:

–Bueno, levántese, travieso, insensato, ¿qué hace ahí tumbado en el polvo?

Me levanté.

–Deme la sombrilla –dijo Zinaída–, fíjese dónde la he dejado; y no me mire así... ¿qué tonterías son ésas? ¿No se ha hecho daño? Seguro que lo acribillaron las ortigas. Le han dicho que no me mire... Pero si no entiende nada, no responde –añadió como si hablara consigo misma–. Vaya a su casa, Monsieur Voldemar, límpiese, y no se le ocurra seguirme, porque me enfadaré, y entonces nunca más...

No terminó la frase y se alejó con afán; yo me senté en el camino... las piernas no me obedecían. Las ortigas me habían abrasado las manos, me dolía la espalda y la cabeza me daba vueltas; pero jamás en la vida volví a experimentar la dicha de aquel instante. Esa dicha era el dulce dolor que atenazaba todos mis miembros, y que se resolvió, por fin, en saltos y exclamaciones de entusiasmo. Era evidente que yo era una criatura.

13

La felicidad y el orgullo me acompañaron el resto del día, conservé tan vivamente en mi cara la sensación de los besos de Zinaída, recordaba con tal estremecimiento deleitoso cada palabra suya, acariciaba con tanto placer mi inesperada ventura, que a ratos sentía miedo, no quería ni ver a la causante de estas nuevas sensaciones. Me parecía que ya no podía exigirle nada más al destino, que ahora debía "respirar muy hondo por última vez, y morir". Por el contrario, al día siguiente, al ir a la casa de Zinaída, sentí una gran timidez, que traté en vano de ocultar bajo una máscara de sencilla desenvoltura, como si quisiera dar a entender que sabía guardar un secreto. Zinaída me recibió con la mayor naturalidad, sin ninguna emoción; me amenazó con un dedo y me preguntó si no tenía algún morado. Mi sencilla desenvoltura y el misterio desaparecieron como por encanto; simultáneamente se congeló mi timidez. Claro está que no esperaba ningún recibimiento extraordinario, pero la calma de Zinaída me sentó como un jarro de agua fría: comprendí que para ella yo era un niño, ¡y me dolió tanto! Zinaída se paseaba por la habitación, y siempre que me miraba, sonreía apenas; pero sus pensamientos estaban muy lejos de allí, eso yo lo veía muy bien... "¿Recordarle lo de ayer? –pensé–. ¿Preguntar adónde iba con tanta prisa, para saberlo definitivamente?...", pero desistí y me senté en un rincón. Entró Bielovsórov y me alegré al verlo.

–No le he encontrado un caballo dócil de silla –empezó diciendo con gravedad–. Freitag me da garantía de uno, pero yo no estoy seguro. Tengo miedo.

–Permítame que le pregunte ¿qué teme usted? –interrogó Zinaída.

–¿Cómo qué? Pero si usted no sabe montar. ¡Válgame Dios si le ocurre algo! ¿Y qué son esas fantasías que se le han metido en la cabeza?

–Eso es asunto mío, Monsieur mi fiera. Entonces se lo pediré a Piotr Vasilievich... (Así se llamaba mi padre. Me sorprendió que ella mencionara su nombre con tanta soltura, sin dudar un instante que él estuviera dispuesto a complacerla).

–¡Bah! –objetó Bielovsórov–. ¿Quiere salir a caballo con él?

–Con él o con otro, para usted es lo mismo. Pero no con usted.

–Conmigo no –repitió Bielovsórov–. Como usted quiera. Pues bien. Yo le traeré el caballo.

–Fíjese que no sea torpe como una vaca. Le advierto que quiero galopar.

–Galope, como usted guste... ¿Con quién, entonces, piensa ir? ¿Con Malievski?

–¿Por qué no ir con él, guerrero? –y añadió: Bueno, cálmese y no ponga estos ojos feroces. Lo llevaré también a usted. Ya sabe que ahora Malievski no es nadie para mí –y sacudió la cabeza.

–Eso lo dice para consolarme –refunfuñó Bielovsórov.

Zinaída entornó los ojos:

–¿Eso le consuela a usted? ¡Oh... oh... guerrero! –dijo finalmente, como si no encontrara otra palabra– ¿Usted vendría con nosotros, Monsieur Voldemar?

–No me gusta... cuando hay mucha gente... –balbuceé sin alzar la mirada.

–¿Prefiere *téte-a-téte?* ... Bien, cada uno es dueño de su albedrío... –pronunció suspirando–. Vaya, Bielovsórov, muévase. Necesito el caballo para mañana.

–Sí, ¿y de dónde saca el dinero? –intervino la vieja princesa.

Zinaída frunció el entrecejo:

–No se lo pido a usted; Bielovsórov confiará en mí.

–Confiará, confiará –refunfuñó la princesa y, de pronto, llamó a gritos–: ¡Duniashka!

–*Maman,* le regalé una campanilla –observó Zinaída.

–¡Duniashka! –repitió la vieja.

Bielovsórov se despidió; yo salí con él... Zinaída no me retuvo.

14

Al día siguiente me levanté temprano, corté una vara y me fui a Kaluzhskaya Zastava. "Voy a disipar mi dolor", pensé. Era un día espléndido, claro y no muy caluroso; un viento juguetón y fresco se paseaba por la tierra, rumoreaba y retozaba un poco, animándolo todo, pero sin alterar nada. Deambulé largo rato por los montes y el bosque; no me sentía feliz y había salido de la casa con la intención de entregarme al desconsuelo; pero la juventud, el tiempo maravilloso, el aire fresco, la satisfacción de la rápida caminata la indolencia que comunica estar echado solitario en la espesa hierba hicieron su tarea: una vez más se apoderó de mi alma el recuerdo de aquellas inolvidables palabras y de aquellos besos. Gozaba pensando que Zinaída no podía dejar de reconocer mi decisión, mi heroísmo... "Los otros son para ella mejor que yo –pensaba– ¡mejores! Aunque los otros sólo le prometen hacer algo, mientras que yo ya lo he hecho... ¡Y qué no haría por ella! ..." Me remonté en alas de la fantasía. Empecé a imaginar cómo la iba a salvar de manos del enemigo, cómo, bañado en sangre, la sacaría de la prisión, y cómo moriría a sus pies. Recordé un cuadro que estaba colgado en nuestra sala: *El rapto de Matilde por Malek-Adel...* y, sin transición alguna, me ocupé de un pájaro carpintero de abigarrado plumaje que había aparecido y ascendía afanoso por el fino tronco de un abedul, mirando con recelo a derecha e izquierda, como un músico medio oculto por el mástil de su contrabajo.

Después me puse a cantar: No son las blancas nieves, decayendo en la romanza muy en boga en aquellos tiempos de Te espero cuando el céfiro juguetón..., luego comencé a recitar en voz alta la invocación de Ermak a las estrellas, de la tragedia de Jomiakov: incluso intenté versificar algo sentimental, y hasta ideé el verso con el que debía terminar mi poesía: "¡Oh. Zinaída! ¡Zinaída!". Pero no me resultó nada. Mientras tanto, había llegado la hora de la comida. Descendí al valle, por donde zigzagueaba un estrecho

sendero arenoso que llevaba a la ciudad. Fui por ese sendero... A mis espaldas oí el ruido sordo de cascos de caballos. Me volví, me detuve instintivamente y saludé: uno al lado del otro venían mi padre y Zinaída. Mi padre le decía algo inclinado todo su cuerpo hacia ella, la mano apoyada en el cuello del animal; él sonreía. Zinaída lo escuchaba en silencio, con la vista baja y expresión seria. Al principio no vi a nadie más, y sólo instantes después, tras un recodo del valle, apareció Bielovsórov, montado en un caballo negro cubierto de espuma, luciendo su uniforme de húsar, sin faltar el dormán. El buen animal balanceaba la cabeza, resoplaba y brincaba: el jinete lo retenía y lo espoleaba. Me hice a un lado. Mi padre recogió las riendas y se apartó de Zinaída, ella alzó lentamente la vista hacia él, y los dos se lanzaron al galope... Bielovsórov los siguió al trote largo; el sable tintineaba... Yo pensé:"Él está rojo como un tomate mientras que ella... ¿Por qué está tan pálida? Toda la mañana a caballo ¡y tan pálida!". Aceleré el paso y llegué a la casa momentos antes de la comida. Mi padre ya se había lavado y cambiado de ropa y estaba flamante junto al sillón de mi madre, leyéndole con su voz serena y sonora un folletín del Journal des Débats; mi madre escuchaba no muy atenta y, al verme, me preguntó dónde había pasado todo el día, y añadió que detestaba cuando yo andaba Dios sabía dónde y con quién. Quise explicarle que había estado paseando solo, pero miré a mi padre y, no sé por qué, preferí callar.

15

Durante los cinco o seis días siguientes casi no vi a Zinaída; decía que estaba enferma, lo que no era obstáculo para que los visitantes de siempre se presentaran a hacer la guardia –como ellos decían–, a excepción de Maidánov, que en cuanto perdía la oportunidad de lanzar exclamaciones de entusiasmo decaía de ánimo y se ponía triste. Bielovsórov continuaba sentado en su rincón, desanimado, con la guerrera abotonada de arriba abajo y el rostro rubicundo; en la fina cara del conde Malievski danzaba constantemente una maléfica sonrisa; en verdad, había caído en desgracia, y se mostraba más que servicial con la princesa madre, a quien acompañó en un coche de alquiler a ver al gobernador general; por cierto que ese viaje fue un fracaso, y hasta le costó un disgusto a Malievski: le hicieron recordar la historia de ciertos oficiales de caminos y, al dar las explicaciones, tuvo que confesar que para aquel entonces aún no tenía experiencia. Lushin venía dos veces al día, y se quedaba poco tiempo: después de nuestra última explicación yo le tenía cierto miedo, sintiendo a la vez una sincera atracción por él. Un día salió a pasear conmigo por el jardín Nieskuchni; estuvo muy amable y benévolo, me dijo los nombres y las propiedades de las diversas hierbas y flores y, de pronto, sin ton ni son, exclamó, dándose una palmada en la frente:

–¡Y yo, pobre tonto, creí que era una coqueta! Está visto que hay quien goza sacrificándose.

–¿Qué quiere usted decir con eso?

–A usted no le quiero decir nada –se apresuró a contestar, con una voz alterada.

Zinaída me rehuía. No podía dejar de notar que mi presencia le desagradaba. Al verme, se daba la vuelta… instintivamente; eso era lo más amargo, eso era lo que me entristecía. Y como eso no tenía arreglo, yo

procuraba que no me viera, limitándome a contemplarla desde lejos, cosa que no siempre lograba. A la joven princesa le seguía ocurriendo algo incomprensible; su cara había cambiado, y toda ella era distinta. El cambio operado en ella me sorprendió sobre todo una tarde templada y apacible. Estaba yo sentado en un banco, al pie de una frondosa mata de saúco; me había encariñado con ese lugar, porque desde allí se veía la ventana del cuarto de Zinaída. Estaba yo sentado, y entre el ramaje oscurecido se agitaba afanoso un pájaro; un gato gris, con el cuerpo todo tenso, se deslizaba cauteloso por el jardín, y los primeros abejorros zumbaban pesadamente en el aire diáfano, aunque ya estaba oscureciendo. Miraba la ventana, esperando a que se abriera y, en efecto, se abrió y apareció Zinaída. Llevaba un vestido blanco y, todo en ella, su rostro, sus hombros, sus manos, tenía la palidez de la nieve. Permaneció inmóvil un largo rato, y así inmóvil miró largo rato, el ceño fruncido, hacia el frente. Yo no conocía esa mirada suya. Después apretó las manos con fuerza, muy fuerte, se las llevó a los labios, a la frente y, de súbito, desanudando los dedos, apartó el pelo de las sienes con violencia, sacudió los mechones de pelo y, con un enérgico movimiento de cabeza de arriba abajo, cerró la ventana de un golpazo.

Al cabo de tres días me descubrió en el jardín. Quise alejarme, pero ella misma me detuvo.

–Deme su mano –me dijo con la misma ternura anterior–, hace mucho que no charlamos usted y yo.

La miré: sus ojos brillaban con dulzura, y su rostro sonreía como a través de una niebla.

–¿Sigue usted enferma? –le pregunté.

–No, ya se ha pasado todo –respondió al tiempo que arrancaba una rosa bermeja–. Estoy un poco cansada, pero esto también pasará.

–¿Y será usted la misma de antes?

Zinaída se acercó la rosa a la cara, y me pareció que sus mejillas se encendían con el reflejo de los vivos pétalos.

–¿He cambiado? –preguntó ella.

–Sí, ha cambiado –dije a media voz.

–Sé que he estado fría con usted, lo sé, pero no debe darle importancia... no podía de otra manera... ¡Para qué hablar de eso!

–¡Lo que usted no quiere es que yo la ame! –exclamé desolado, en un arranque incontenible.

–Al contrario, quiérame usted, pero no como antes.

–¿Cómo entonces?

–Seamos amigos, eso es mejor –Zinaída me dio a oler la rosa–. Escuche, yo soy mucho mayor que usted, podría ser su tía; bueno, si no su tía, por lo menos su hermana mayor. Y usted...

–Yo soy un chiquillo para usted –la interrumpí.

–Sí, un chiquillo, pero simpático, bueno, inteligente, al que quiero mucho. ¿Sabe una cosa? Desde hoy le otorgo el título de paje; y no olvide que los pajes no se deben separar de sus damas. Aquí tiene el emblema de su nuevo título –agregó, poniéndome la rosa en el ojal de mi chaqueta: la prueba de mi benevolencia hacia usted.

–Antes recibía otras pruebas de benevolencia –murmuré.

Zinaída me miró de reojo y exclamó:

–¡Ah, qué memoria tiene! ¡Y qué! Estoy dispuesta también ahora...

Entonces, inclinándose hacia mí, estampó en mi frente un beso puro y sereno.

Cuando levanté los ojos ella se alejaba y, diciéndome “¡Sígame, paje mío!” se encaminó hacia su casa. La seguí sin salir del desconcierto. “¿Será posible, pensaba, que esta muchacha tranquila y razonable sea la misma Zinaída que conocí?” Su andar también me pareció más calmoso y todo su porte más majestuoso y esbelto...

¡Dios mío! ¡Qué pasión tan fuerte volvía a enardecer mi corazón!

16

Después de la comida se reunieron otra vez las visitas, y la joven princesa salió de su cuarto. Estaba presente todo el grupo, como aquella tarde inolvidable para mí. Hasta Nirmatski apareció. Maidánov fue el primero en llegar: traía unos versos nuevos. Volvimos a jugar a las prendas, pero ya sin las singulares inventivas de la otra vez, sin las diabluras ni la algarabía; desapareció asimismo la nota gitana. Zinaída le dio un nuevo giro a nuestra reunión. Yo, en calidad de paje, ocupaba un sitio a su lado. Entre tanto, ella había propuesto que al que le tocara pagar prenda que contara un sueño. Pero la cosa no cuajó. Los sueños no eran interesantes (Bielovsórov vio en sueños que le había dado de comer peces de colores a su caballo, y que la bestia tenía la cabeza de madera), o, por el contrario, eran fantásticos, inventados… Maidánov nos brindó toda una novela: con bóvedas sepulcrales, ángeles tañendo la lira, flores parlantes y sonidos que llegaban desde muy lejos. Zinaída no le dejó acabar, y dijo:

–Si se trata de inventar, que cada uno cuente algo, pero a condición de que sea inventado.

Debía empezar Bielovsórov. El joven húsar se confundió.

–¡No se me ocurre nada! –exclamó.

–¡Pero si es muy fácil! –aseguró Zinaída–. Imagínese, por ejemplo, que usted está casado, y cuéntenos cómo pasaría el tiempo con su esposa. ¿La encerraría usted?

–Claro que la encerraría.

–¿Y se quedaría a su lado?

–Desde luego, me quedaría a su lado.

–Espléndido. Bueno, ¿y si eso la aburriera y ella le fuera infiel?

–La mataría.

–¿Y si se fugara?

–Le daría alcance o igual la mataría.

–Bien; supongamos, por ejemplo, que su esposa fuera yo, ¿qué haría usted entonces?

Bielovsórov guardó silencio.

–Me suicidaría...

Zinaída se echó a reír.

–Por lo que veo, tiene usted mano dura.

La segunda prenda era de Zinaída. Alzó los ojos al techo y se quedó pensativa. Por fin comenzó:

–Pues bien, escuchen lo que yo he inventado. Imagínense un suntuoso palacio, una noche de verano y un baile extraordinario que da la joven reina. Todo es oro, mármol, cristal, sedas, luces, brillantes, flores, aromas, todos los caprichos del lujo.

–¿A usted le gusta el lujo? –la interrumpió Lushin.

–El lujo es bonito –asintió ella–, yo amo todo lo que es bonito.

–¿Más que lo bello? –interrogó él.

–Eso es muy complicado, no le entiendo. No me moleste. Así pues, el baile era maravilloso. Infinidad de invitados, todos son jóvenes, hermosos, valientes, y todos están perdidamente enamorados de la reina.

–¿Entre los invitados no hay mujeres? –se interesó Malievski.

–No... o aguarde, sí las hay.

–¿Todas son feas?

–Son encantadoras. Pero todos los hombres están enamorados de la reina. Es alta y esbelta…luce una diadema de oro en sus cabellos negros.

Miré a Zinaída: en ese instante me pareció que estaba muy por encima de todos nosotros, su frente blanca y sus cejas serenas irradiaban tanta inteligencia cristalina y tanto señorío, que pensé “Esa reina eres tú”.

Zinaída continuó:

–Todos la rodeaban, todos le ofrecían las frases más aduladoras.

–¿Y a ella le gusta la adulación? –preguntó Lushin.

–¡Qué insoportable! no hace más que interrumpir... ¿A quién no le gusta la adulación?

–Otra pregunta, la última –propuso Malievski–: ¿Tiene marido la reina?

–No lo había pensado siquiera. No, ¿para qué hace falta el marido?

–Claro –respondió Malievski–, ¿para qué el marido?

–¡*Silence*! –exclamó Maidánov, que hablaba mal el francés.

–*Merci* –le agradeció Zinaída–. Pues bien, la reina escucha esas frases, escucha la música, pero no observa a ninguno de sus invitados. Seis ventanales están abiertos de par en par, desde el techo hasta el suelo, y detrás el cielo oscuro con grandes estrellas y un jardín oscuro con grandes árboles. La reina mira al jardín donde, entre la arboleda, hay una fuente: la fuente resplandece en la penumbra, y es larga, larga como un fantasma. A través de las voces y de la música la reina percibe el silencioso chapoteo del agua; ella mira y piensa: todos ustedes, señores, son nobles, inteligentes, ricos, me han rodeado, aprecian cada palabra que pronuncio, todos están dispuestos a morir a mis pies, yo soy su dueña… y allá, junto a la fuente, junto al agua que chapotea, me está esperando aquel a quien yo amo, mi dueño es él. No viste un traje regio, ni luce piedras preciosas, nadie lo conoce, pero él me espera y está seguro de que yo iré, y yo iré, y no hay fuerza que pueda detenerme cuando quiera ir a su encuentro e internarme con él en la penumbra del jardín, arrollados por el susurro de los árboles y el murmullo de la fuente…

Zinaída enmudeció.

–¿Eso es... inventado? –interrogó Malievski con malicia.

Zinaída ni se dignó mirarlo.

–¿Qué hubiéramos hecho, señores –habló de pronto Lushin–, si encontráramos entre los invitados y conociéramos la existencia de ese afortunado de la fuente?

–Espere, espere –interrumpió Zinaída–, yo misma diré lo que hubiera hecho cada uno de ustedes. Usted, Bielovsórov, lo habría desafiado; usted, Maidánov, le escribiría un epigrama, aunque no, usted no sabe escribirlos; le habría dedicado unos yambos extensos, como los de Barbier, y publicaría su obra en *El Telégrafo.* Usted, Nirmatski, le hubiera pedido prestado… no, le habría dejado dinero con intereses; usted, doctor… –se detuvo–. Usted no sé lo que hubiera hecho.

–En calidad de médico de la corte –respondió Lushin–, le recomendaría a la reina no dar bailes, cuando no se está para eso.

–Quizá usted habría acertado. Y usted, conde...

–¿Y yo? –repitió Malievski con su maligna sonrisa.

–Usted le ofrecería un bombón envenenado.

La cara de Malievski se torció un tanto y por un instante adquirió una expresión maliciosa; pero en seguida se echó a reír a carcajadas.

–En cuanto a usted, Voldemar... –continuó Zinaída–, aunque, basta ya, iniciemos otro juego.

–Monsieur Voldemar, como paje de la reina, le llevaría la cola cuando ella saliera corriendo al jardín –señaló Malievski mordaz.

Me puse completamente rojo, pero Zinaída apoyó rápido su mano en mi hombro y, alzándose un poco, pronunció con la voz ligeramente temblorosa:

–Nunca le he dado a su excelencia derecho a ser insolente, por eso le ruego que se retire –y señaló la puerta.

–Princesa, por favor –murmuró Malievski palideciendo.

–La princesa tiene razón –exclamo Bielovsórov y también se levantó.

–Yo, en verdad, no esperaba que... –continuó Malievski–, en mis palabras no creo que hubiera nada que… no he pensado siquiera ofenderla ... Perdóneme.

Zinaída le lanzó una mirada glacial y sonrió fríamente. Haciendo un ademán de indiferencia, concedió:

–Bien, quédese. Monsieur Voldemar y yo hemos hecho mal en molestarnos. Si usted goza puyando... haga lo que le parezca.

–Perdóneme –insistió Malievski; y yo, recordando el gesto de Zinaída, volví a pensar que una auténtica reina no le hubiera señalado la puerta con mayor dignidad a un atrevido.

Después de este pequeño incidente el juego de prendas no duró mucho; todos nos sentíamos algo incómodos, y no tanto por esa escena, como por otra sensación angustiosa y no del todo definida. Nadie hablaba al respecto, pero cada uno la percibía en su interior y en su vecino. Maidánov nos recitó sus versos, y Malievski se los elogió con exagerado entusiasmo.

–Fíjese cómo quiere ahora hacerse pasar por bueno –me susurró Lushin.

Nos retiramos pronto. Zinaída de improviso se quedó meditabunda; la vieja princesa mandó decir que le dolía la cabeza; Nirmatski comenzó a quejarse de su reumatismo...

Estuve largo rato sin conciliar el sueño; me obsesionaba el relato Zinaída.

–¿Será posible que encierre una insinuación? –me preguntaba–. ¿A quién o a qué se refería? Y si tuviera efectivamente algo que insinuar, ¿cómo decidirse a hacerlo?... No, no, no puede ser, murmuraba yo volviéndome de una ardiente mejilla a la otra... Pero recordaba la expresión de Zinaída cuando hablaba… recordé la exclamación que se le escapó a Lushin cuando paseábamos por el Nieskuchni; los cambios repentinos en su trato conmigo, y me perdía en cavilaciones. “¿Quién es él?” Estas palabras bailaban ante mis ojos, dibujadas en la oscuridad; parecía que sobre mí pendía una nube baja y tenebrosa, yo sentía su presión y esperaba que estallara de un momento a otro. En los últimos tiempos me había acostumbrado a muchas cosas, había visto muchas en la casa de las Zasekin; el desorden de su vida, sus cabos de vela de sebo, los cuchillos y tenedores rotos, el sombrío Vonifati, las criadas con la ropa deslucida; los modales de la princesa madre, toda esta vida desordenada había dejado de causarme asombro... Pero a lo que no podía acostumbrarme era a algo que creía notar confusamente en Zinaída... Mi madre había dicho en cierta ocasión que ella era una aventurera. ¡Ella, mi ídolo, mi diosa, una aventurera! Esa palabra me quemaba, procuraba ahuyentarla hundiéndome en la almohada, tenía

rabia y, al mismo tiempo, ¡qué no hubiera aceptado, qué no habría dado por ser el hombre feliz de la fuente!...

La sangre me hervía y bullía en mi interior. “El jardín... la fuente... –pensé–. Me voy al jardín”. Me vestí en un dos por tres y salí sigiloso de la casa. La noche era oscura, los árboles susurraban apenas; el cielo despedía un tenue frescor; del huerto llegaba un aroma a hinojo. Recorrí todos los senderos; el ligero sonido de mis pasos me desconcertaba y animaba a la vez; me detenía, esperaba y oía cómo palpitaba mi corazón: sonora y apresuradamente. Me acerqué por fin a la valla y me apoyé en ella. De pronto –¿o sólo me pareció?– a pocos pasos de mí pasó fugaz una figura de mujer… Agudicé la vista en la oscuridad y contuve la respiración… ¿Qué era aquello? ¿Eran pasos lo que oía, u otra vez los latidos de mi corazón?”

–¿Quién va? –balbuceé apenas.

¿Qué pasaba de nuevo? ¿Una risa ahogada? ... ¿o el susurro de las hojas... o un suspiro junto a mi oído? Sentí espanto...

–¿Quién va?” –repetí más bajo aún.

El aire se agitó un instante; en el cielo refulgió una franja del color del fuego: caía una estrella. “¿Zinaída?”, quise preguntar, pero el sonido se ahogó en mis labios. Súbitamente todo alrededor se sumió en un profundo silencio, como ocurre con frecuencia a media noche… Hasta los grillos cesaron su cri-cri en los árboles; tan sólo chasqueó en algún sitio una ventana. Esperé largo rato y volví a mi cuarto, a mi cama ya fría. Experimentaba una extraña sensación: parecía como si hubiera asistido a una cita y me hubiera quedado solo, dejando pasar por delante una dicha ajena.

17

Al día siguiente vi a Zinaída sólo de paso: se iba con la princesa en un coche de alquiler no sé adónde. En cambio vi a Lushin, que apenas se dignó saludarme, y a Malievski. El joven conde hizo una mueca a modo de sonrisa y me abordó amistoso. De todos los invitados de la princesa él fue el único que supo introducirse en nuestra casa, cayéndole en gracia a mi madre. Mi padre no lo apreciaba y lo trataba con una cortesía que lindaba en la ofensa.

–Ah, monsieur le page –comenzó Malievski–, cuánto me alegro de verlo. ¿Qué hace su hermosa reina?

Su rostro fresco y bello me resultó en ese instante antipático; me miraba con tan desdeñosa burla, que ni siquiera le respondí. Y él continuaba:

–¿Sigue usted enfadado? Hace mal. No fui yo quien le concedió el título de paje, y los pajes pertenecen, preferentemente, a las reinas. Pero permítame que le diga que usted cumple mal con sus obligaciones.

–¿Por qué?

–Los pajes no deben separarse de sus soberanas; los pajes deben saber todo lo que ellas hacen, deben incluso vigilarlas –y añadió bajando la voz: día y noche.

–¿Qué quiere decir usted?

–¿Qué quiero decir? Creo que me explico bien: día y noche. De día vaya y pase, de día hay luz y gente, pero de noche… de noche puede temerse cualquier desgracia. Le aconsejo que no duerma de noche y que observe, observe escrupulosamente. ¿Recuerda? En el jardín, de noche, junto a la fuente. Allí es donde hay que vigilar. Me lo agradecerá usted.

Malievski se echó a reír y me dio la espalda. Por lo visto, no le daba mucha importancia a sus palabras; tenía fama de ser un excelente mistificador y de saber burlarse de la gente en los bailes de máscaras, a los que le favorecía su innata falsedad, casi inconsciente… Sólo pretendía aguijonearme, pero cada palabra suya corría como veneno por mis venas. Se me subió la sangre a la cabeza.

"¡Ah, conque esas tenemos! –me dije–. ¡Está bien! ¡Resulta que mis presentimientos de anoche no carecían de sentido. Por algo quería yo salir al jardín! ¡Eso no ocurrirá!", exclamé en voz alta, golpeándome el pecho aunque no sabía a ciencia cierta qué es lo que no debía ocurrir. Seguía cavilando: "Si Malievski llega a aparecer por el jardín (quizá se le haya escapado, para eso le sobra atrevimiento) o cualquier otro (la valla de nuestro jardín era muy baja, y no costaba ningún trabajo saltarla), no lo pasará bien si cae en mis manos. ¡No le aconsejo a nadie vérselas conmigo!... ¡Le demostraré a todo el mundo y a ella, a la infiel (así la llamé, infiel) que sabré vengarme!..."

Volví a mi cuarto, saqué del escritorio una navajita inglesa adquirida hacía poco, acaricié el filo de la hoja y, frunciendo el ceño, la guardé en el bolsillo con un gesto de sombría y reconcentrada decisión, como si aquello no tuviera nada de particular y resultara para mí lo más corriente del mundo. El corazón me dio un vuelco y se petrificó. Hasta la noche no alisé el entrecejo ni despegué los labios; iba y venía por el cuarto, apretando con la mano en el bolsillo la navaja caliente, preparándome para algo terrible. Estas nuevas sensaciones desconocidas me entretenían y hasta me divertían. En realidad, casi había dejado de pensar en Zinaída. Mi imaginación veía al joven gitano Aleko: "¿Dónde vas, bello joven? –Sigue durmiendo. . ." y después: "¡Estás todo salpicado de sangre! ¡Oh! ¿Qué has hecho?... –¡Nada!". Con qué cruel sonrisa repetía yo ese ¡nada! Mi padre estaba ausente; pero mi madre, que de un tiempo a esta parte se encontraba en un estado casi constante de sorda irritación, se fijó en mi lúgubre aspecto y me dijo durante la cena: –¿Por qué pones esa cara tan enfurruñada? Sonreí condescendiente y pensé: "¡Si supieran!" Dieron las once; me retiré a mi cuarto, pero no me desnudé; esperé la media noche, que por fin llegó. "¡Ya es hora!", murmuré entre dientes y, abrochándome los botones y hasta arremangándome, me encaminé al jardín.

Había escogido con antelación un sitio propicio para vigilar: al fondo del jardín, donde la valla que separaba nuestras posesiones y las de las Zasekin chocaba contra un muro común, crecía un abeto solitario; al pie de su ramaje bajo y espeso podía ver bien todo lo lejos que me permitiera la oscuridad de la noche, todo lo que sucediera alrededor; allí mismo zigzagueaba un caminito que siempre me había parecido misterioso: como una serpiente, se arrastraba por debajo de la valla (se veían huellas de pisadas) y conducía a una glorieta rodeada de acacias. Llegué hasta el abeto, me apoyé en su tronco y me puse al acecho.

La noche era tan serena como la anterior; pero en el cielo había menos nubarrones, y por eso se dibujaban con más nitidez los contornos de los arbustos y las altas flores. Los primeros instantes de espera fueron angustiosos, casi dramáticos. Estaba dispuesto a todo y no hacía más que cavilar: ¿Qué hacer? Rugir "¿Adónde vas? ¡Alto! ¡Di quién eres o morirás!", o sencillamente acuchillarle… Cada sonido, cada susurro, cada runrún me sonaba como algo importante, extraordinario… parecía un emboscado… Me había inclinado un poco hacia adelante… Pero transcurrió media hora, y después una hora más; la sangre se me calmaba, se iba enfriando; empecé a sospechar que todo aquello era estéril, incluso un poco ridículo, que Malievski se había burlado de mí. Abandoné mi escondite y recorrí todo el jardín. Como a propósito, no se oía ningún ruido: todo estaba en calma; hasta nuestro perro dormía hecho un ovillo junto a la cancela. Me encaramé a las ruinas del invernadero; vi un ancho campo en la lejanía, recordé el encuentro con Zinaída y me quedé pensativo.

Me estremecí… Me pareció haber oído el chirrido de una puerta al abrirse, después el ligero chasquido de una ramita al romperse… De dos saltos descendí de las ruinas y me quedé de una pieza. En el jardín sonaban claramente unos pasos rápidos, leves, aunque prudentes, cautelosos que se aproximaban. "¡Aquí está… aquí está por fin!", repicó mi corazón. Saqué con nerviosismo la navaja del bolsillo, la abrí trémulo, ante mis ojos danzaron unas chispitas rojas; se me erizó el pelo de espanto y de rabia... Los pasos venían derecho hacia mí; me agaché, dispuesto a lanzarme a su encuentro… Entonces descubrí a un hombre... ¡Dios mío! ¡Era mi padre!

Lo reconocí de inmediato, aunque iba envuelto en una capa oscura y se había echado el sombrero sobre la cara. Pasó a mi lado de puntillas y no me vio, aunque nada me ocultaba: pero me encogí y doblé tanto, que creí

haberme confundido con la tierra. El celoso Otelo, decidido a matar, se convirtió instantáneamente en un muchacho de escuela…

Me asustó tanto la súbita aparición de mi padre, que al principio ni siquiera comprendí por dónde había venido ni por dónde se había esfumado. Sólo cuando volvió a reinar el silencio me levanté y pensé: “¿Por qué andará mi padre de noche por el jardín?” De miedo se me cayó la navaja en la hierba, pero no me entretuve en buscarla; sentía una profunda vergüenza. En seguida me serené. De regreso a la casa me acerqué, no obstante, a mi banco bajo la mata de sauco y miré la ventana de la alcoba de Zinaída. Los cristales pequeños, un poco cóncavos, de la ventanita, azuleaban opacos a la débil luz del cielo nocturno. De pronto, empezaron a cambiar de color... Tras los cristales –yo lo veía, lo veía claramente– descendía con cuidado y lentamente una cortina blanquecina, que bajó hasta el alféizar, y allí se quedó inmóvil.

–¿Qué significa eso? –dije en voz alta, casi sin pensar, cuando estuve otra vez en mi habitación–. Un sueño, casualidad, o… –las inauditas suposiciones que se adueñaron de mi razón eran tan insólitas y sorprendentes que ni me atreví a detenerme en ellas.

18

Amanecí con dolor de cabeza. Había desaparecido la emoción de la víspera, para dar paso a un desconcierto abrumador y a una tristeza desconocida: era como si algo se extinguiera en mi interior.

–¿Por qué mira usted como un conejo medio desnucado? –dijo Lushin al verme pasar.

Durante el desayuno miraba de reojo, alternativamente, a mi padre y a mi madre: él estaba tranquilo, como de costumbre: ella, como de costumbre, irritada por dentro. Esperaba a que mi padre me hablara amistosamente, como lo hacía a veces… Pero ni siquiera me acarició con su fría caricia cotidiana… "¿Contárselo todo a Zinaída?" –pensé–. "De cualquier forma, daría lo mismo; todo ha terminado entre nosotros". Fui a su casa, y no sólo no se lo conté, sino que ni pude hablar con ella como habría querido. De Petersburgo había llegado de vacaciones el hijo de la princesa, un cadete de unos doce años; Zinaída, en seguida, me encomendó a su hermano, con estas palabras:

–Aquí tiene usted, mi querido Volodia (era la primera vez que me llamaba así), a un compañerito. También se llama Volodia. Haga el favor de tomarlo en serio; aún es poco sociable, pero tiene muy buen corazón. Enséñele el jardín Nieskuchni; pasee con él, tómelo bajo su tutela. ¿Verdad que lo hará? ¡Es usted tan bueno! –puso suavemente las manos en mis hombros, y yo terminé por perder la orientación.

La presencia de ese niño me convertía también a mí en una criatura. Miraba yo en silencio al cadete, que me observaba con igual mutismo. Zinaída lanzó una carcajada y nos juntó de un empellón.

–¡Un abrazo, niños!

Nos abrazamos.

–¿Quiere que le enseñe el jardín? –le pregunté al cadete.

–Con mucho gusto –me respondió con voz ronca, de verdadero cadete.

Zinaída volvió a reírse… Noté entonces que nunca había visto en sus mejillas un color tan delicioso. El cadete y yo salimos. En nuestro jardín había un columpio viejo. Lo invité a sentarse en la endeble tabla y empecé a mecerlo. Estaba tieso con su nueva guerrerita de paño grueso con anchos galones dorados, y se agarraba fuertemente a la cuerda.

–Desabotónese el cuello –le dije.

–No importa, estamos acostumbrados –pronunció, y carraspeó. Se parecía a su hermana, especialmente en los ojos. Me resultaba agradable complacerlo y, al mismo tiempo, una sorda tristeza me carcomía el corazón. Yo pensaba: "Ahora, efectivamente, soy un niño, aunque ayer…" Recordé dónde había perdido la navaja y la busqué. El cadete me la pidió, cortó un grueso tallo de angélica, se hizo una flauta y empezó a silbar. El Otelo también silbó.

Por el contrario, ¡cómo lloraba por la noche ese mismo Otelo en brazos de Zinaída! Ella dio con él en el jardín y le preguntó por qué estaba tan triste. Las lágrimas me brotaron a raudales, y ella se asustó.

–¿Qué le pasa, qué le pasa, Volodia? –repetía y, al ver que no le contestaba ni dejaba de llorar, quiso besarme en la húmeda mejilla. Pero yo volví la cara y susurré entre sollozos:

–Lo sé todo, ¿para qué ha estado usted jugando conmigo?... ¿Para qué necesitaba mi amor?

–Soy culpable ante usted, Volodia... –confesó Zinaída–. Ay, qué culpable soy... –continuó y se retorció las manos. –Cuánto hay de malo, de oscuro y de pecador en mí... Pero ahora no juego con usted, yo lo quiero; usted no sospecha siquiera por qué y cómo... No obstante... ¿qué sabe usted?

¿Qué podía decirle? Ella estaba frente a mí y me miraba: y en cuanto me miraba yo le pertenecía por completo, de pies a cabeza... Un cuarto de hora más tarde corría yo con el cadete y con Zinaída a ver quién llegaba antes: no lloraba, sino reía, aunque mis párpados hinchados, al reírme, derramaban lágrimas. Llevaba anudada al cuello una cinta de Zinaída a modo de

corbata, y grité de alegría cuando logré tocar su cintura. Ella hacía conmigo todo lo que se le antojaba.

19

Me vería en un verdadero aprieto si me obligaran a relatar minuciosamente todo lo que me ocurrió en el transcurso de la semana que siguió a mi infortunada excursión. Fueron días extraños y febriles, algo así como un caos, en el que los más opuestos sentimientos, ideas, sospechas, esperanzas, alegrías y dolores giraban en torbellino; me daba miedo buscar dentro de mí, si es que un niño de dieciséis años pudiera ser capaz de un examen introspectivo como ese, temía averiguar algo, fuera lo que fuera. Me esforzaba por vivir el día hasta la noche, pero en la noche dormía… me ayudaba la ligereza infantil. No quería saber si era amado o no, y no quería confesarme a mí mismo que no lo era; evitaba a mi padre, pero no podía evitar a Zinaída… Su presencia me quemaba como el fuego… ¿y qué necesidad tenía yo de saber qué fuego era aquel, en el que me abrasaba y consumía, si me resultaba tan dulce consumirme y arder? Me entregaba a todas las sensaciones, me engañaba a mí mismo, denegaba mis recuerdos y simulaba no ver lo que presumía que se avecinaba… Probablemente mi arrobamiento no hubiera durado mucho tiempo… pero un golpe ensordecedor puso fin en un instante a todo y me lanzó por nuevos derroteros.

Un día llegaba a la hora de la comida, después de un paseo bastante largo, cuando me enteré, para sorpresa mía, que comería solo; mi padre se había marchado y mi madre se hallaba indispuesta, se había encerrado en su alcoba y no quería comer. Por la cara de los lacayos comprendí que había ocurrido algo grave. No me atreví a interrogarlos; pero Filipp, el joven despensero, era amigo mío; un ferviente entusiasta de la poesía y un artista cuando tocaba la guitarra. Fui a verlo. Me contó que entre mis padres había tenido lugar una escena terrible (en la habitación de las sirvientas se oyó todo y aunque muchas veces hablaban en francés, la doncella Masha lo comprendió todo, porque había servido cinco años en la casa de una

costurera de París); por lo visto, mi madre había acusado a mi padre de serle infiel y entenderse con la señorita vecina; que mi padre al principio se justificaba, pero que terminó por estallar y, a su vez, le dijo a mi madre una palabra ofensiva, “parece ser que algo respecto a los años de la señora”, por lo que mi madre había roto en lágrimas recordándole además una letra de cambio que, según parecía, le habían dado a la vieja princesa, habló muy mal de ella y también de la señorita, y entonces mi padre la amenazó.

–Y toda la tragedia –continuó Filipp– fue a causa de una carta anónima, y no se sabe quién la escribió; si no ¿cómo iban a salir a relucir todas esas cosas? No había motivo.

–Pero ¿en realidad ha habido algo? –murmuré penosamente al tiempo que las manos y las piernas se me enfriaban y algo vibraba en lo más profundo de mi alma.

Filipp me guiñó un ojo con picardía.

–Claro que ha habido; eso es difícil ocultarlo, y aunque su papá de usted esta vez ha tomado muchas precauciones, tampoco lo ha podido hacer sin gente, digamos, por ejemplo, para alquilar un carruaje, o para otra cosa...

Despedí a Filipp y me arrojé sobre el lecho. No me eché a llorar ni me dejé arrastrar por la desesperación; no me pregunté cómo ni cuándo había ocurrido todo; no me asombraba el no haberlo adivinado antes, hacía mucho tiempo… ni siquiera sentía resentimiento contra mi padre… Lo que acababa de conocer era superior a mis fuerzas: esa revelación inusitada me había anonadado. Todo había terminado. Todas mis flores habían sido arrancadas de golpe y yacían a mi alrededor, dispersas y pisoteadas.

20

Al día siguiente mi madre anunció que se trasladaba a la ciudad. Por la mañana, mi padre entró en su aposento y estuvo allí largo rato con ella. Nadie oyó lo que le dijo, pero mi madre dejó de llorar; se calmó y pidió el desayuno, pero no se dejó ver ni cambió su decisión. Recuerdo que me pasé el día deambulando, sin salir al jardín y sin mirar ni una sola vez hacia el ala de la casa, y al atardecer presencié una escena extraordinaria: mi padre condujo del brazo al conde Malievski desde la sala hasta el vestíbulo y, en presencia del lacayo, le dijo fríamente: "Hace unos días, en una casa, a su excelencia le señalaron la puerta; no pienso darle a usted explicaciones ahora, pero tengo el honor de decirle que si otra vez viene por aquí lo echaré por la ventana. Su letra no es de mi agrado". El conde bajó la cabeza, apretó los dientes, se encogió y desapareció.

Comenzaron a hacerse los preparativos para nuestro traslado a la ciudad, a nuestra casa de la calle de Arbat. Mi padre, probablemente, tampoco quería quedarse por más tiempo en la *dacha*; y por lo visto, había logrado convencer a mi madre de que no provocara ningún escándalo; todo se hacía con calma, sin prisas, mi madre hasta había dado la orden de saludar a la princesa y decirle que sentía mucho no poder verla antes de marcharse, porque no se encontraba bien de salud. Yo vagaba como un insensato y mi único deseo era que todo terminara cuanto antes. Un pensamiento no me abandonaba: ¿cómo había podido ella, una muchachita –princesa además–, atreverse a una cosa así, sabiendo que mi padre era un hombre casado, y teniendo ella la posibilidad de casarse, aunque fuera con Bielovsórov? ¿Qué podía esperar ella? ¿Cómo no había pensado en su porvenir? Sí, me decía yo, eso es el amor, esa es la pasión, esa es la fidelidad... y recordé las palabras de Lushin: *hay quien goza sacrificándose*. Una vez vi en una ventana una mancha pálida... "¿Será posible que sea el rostro de Zinaída?",

pensé. Efectivamente, era ella. No pude resistirlo. No concebía separarme de ella sin darle el último adiós. Elegí un momento propicio y fui a verla.

En la sala me recibió la vieja princesa con su acostumbrado saludo negligente.

–¿Qué ha ocurrido, jovencito, que su familia levanta el vuelo tan pronto? –me dijo, metiéndose rapé en ambas ventanas de la nariz. La miré y sentí que se me caía un peso de encima. Me quemaban las palabras "letra de cambio", dichas por Filipp. Ella no sospechaba nada, por lo menos así me pareció entonces. De la habitación contigua salió Zinaída, vestida de negro, pálida, con los cabellos sueltos; me tomó de la mano en silencio y me hizo seguirla.

–He oído su voz y salí en seguida. ¿Le es tan fácil abandonarnos, muchacho cruel?

–He venido a despedirme de usted, princesa, probablemente, para siempre –le respondí–. Usted quizá habrá oído decir que nos marchamos.

Zinaída me miró fijamente.

–Sí, lo he oído decir. Gracias por haber venido. Creía que ya no lo volvería a ver. No piense mal de mí. A veces le he hecho sufrir, pero no soy como usted se lo imagina.

Se dio la vuelta y se apoyó en el marco de la ventana.

–Créame, no soy así. Sé que usted tiene una mala opinión de mí.

–¿Yo?

–Sí, usted... usted.

–¿Yo? –repetí con amargura y mi corazón se estremeció como tantas otras veces bajo los efectos de un encanto sin igual, irresistible–. ¿Ve? Créame, Zinaída Alexandrovna, por mucho que usted haya hecho, por mucho que me haya hecho usted sufrir, la amaré con adoración hasta el final de mis días.

Ella se volvió rápida hacia mí, abrió en cruz los brazos, tomó mi cabeza y me besó fuerte y ardientemente. Sabe Dios a quién buscaría ese largo beso de despedida, pero yo saboreé su dulzor con avidez. Supe que jamás volvería a repetirse.

–Adiós, adiós –le decía...

Ella se apartó bruscamente y se retiró. Yo también me marché. No puedo describir en qué estado de ánimo lo hice. No quisiera que se volviera repitir; pero me consideraría desgraciado si no lo hubiera experimentado nunca.

Nos trasladamos a la ciudad. Tardé bastante en liberarme de lo sucedido, tardé bastante en dedicarme al estudio. Mi herida se curaba con lentitud, pero no sentía ningún rencor contra mi padre. Por el contrario, diríase que su autoridad había crecido ante mis ojos… Que los psicólogos expliquen como quieran esta contradicción. Iba yo una vez por el bulevar y, para alegría mía, tropecé con Lushin. Lo estimaba por su rectitud y sinceridad y, además, por los recuerdos que suscitaba en mí. Me lancé a su encuentro.

–¡Ah! –exclamó y frunció el entrecejo–. ¡Es usted, joven! Déjeme que lo mire. Todavía está usted pálido, aunque ya no hay en sus ojos esa porquería de entonces. Mira usted como una persona, y no como un perrito faldero. Eso está bien. ¿Y qué hace? ¿Trabaja?

Suspiré. No quería engañarlo, y me avergonzaba decirle la verdad.

–No importa –continuó–, no se inquiete. Lo principal es vivir normalmente y no dejarse llevar por las pasiones. ¿Qué se saca de eso? El hombre se sentirá mal, llévele donde lo lleve la ola; el hombre debe estar, aunque sea sobre una piedra, sobre sus dos pies. Yo ahora toso, y Bielovsórov ¿ha oído hablar de él?

–¿Qué ha ocurrido? No sé nada.

–Ha desaparecido nadie sabe dónde; dicen que se ha ido al Cáucaso. Es una buena lección para usted, joven. Y todo porque no saben retirarse a tiempo y romper las redes. Usted, parece ser, salió bien parado. Tenga cuidado de no caer otra vez. Adiós.

“No caeré, –pensé… –No la volveré a ver”. Pero la suerte me deparó ver a Zinaída una vez más.

21

Mi padre salía todos los días a caballo; tenía un hermoso animal inglés gris rojizo, de largo y fino cuello y largas patas, infatigable y brioso. Se llamaba Electric. Solo mi padre podía montarlo. Un día vino a verme de muy buen humor, cosa que hacía tiempo no sucedía; se disponía a salir y ya llevaba las espuelas puestas cuando le pedí que me llevara con él.

–Mejor es que juguemos al salto del carnero –me respondió–, porque en tu rocín no me darás alcance.

–Sí que podré darte alcance. Me pondré también las espuelas.

–Está bien, probemos.

Nos marchamos. Tenía yo un caballito negro, de crin oscura, fuerte de miembros y bastante brioso; claro que tenía que marchar a todo galope mientras Electric iba a buen trote, pero no me quedaba rezagado. No he visto jinete como mi padre; montaba con elegancia y con una destreza tan negligente, que se diría que el caballo se daba cuenta y se pavoneaba por él. Atravesamos todos los bulevares, pasamos por Diévichie Polie, saltamos varias vallas (al principio me daba miedo saltar, pero mi padre despreciaba a los pusilánimes, y perdí el temor); cruzamos dos veces el río Moskova y creía que estábamos por regresar a la casa, sobre todo porque mi caballo estaba rendido y mi padre ya lo había notado. De pronto, torció en dirección contraria al vado de Crimea y siguió al galope a lo largo de la orilla. Lancé mi caballo tras él. Al llegar a una alta pila de troncos viejos, bajó con agilidad de Electric, me ordenó que desmontara, me entregó las riendas de su cabalgadura, diciéndome que lo esperara allí mismo, junto a los troncos, y se internó en una estrecha calleja, donde desapareció. Empecé a caminar a lo largo de la orilla, de un lado a otro, llevando a los caballos con la mano derecha y maldiciendo a Electric que sacudía la cabeza, resoplaba y relinchaba; y cuando yo me detenía, piafaba y mordía a mi rocín en el

cuello, en fin, se comportaba como un *pur sang* mimado. Mi padre no regresaba. Del río llegaba una humedad desagradable; caía lentamente una llovizna que salpicó de diminutas manchas oscuras los absurdos troncos grises, alrededor de los cuales yo vagaba y estaba cansado de ver. Me estaba impacientando y mi padre seguía sin aparecer. Un centinela finés, también gris todo él, con un enorme chacó viejo, semejante a una olla, en la cabeza, y una alabarda enhiesta (¡para qué haría falta un centinela a orillas del río Moskova!) se me aproximó y, mirándome con su arrugada cara senil, preguntó:

–¿Qué hace usted aquí con esos caballos, señorito? Deme que se los sujete.

No le respondí. Me pidió tabaco. Para deshacerme de él (además de que mi impaciencia iba en aumento) di varios pasos en la dirección por donde se había alejado mi padre; después llegué hasta el final de la calleja, volteé la esquina y me detuve. En la calle a unos cuarenta pasos de donde yo estaba, ante la ventana abierta de una casita de madera, vi a mi padre, apoyado el pecho en el marco de la ventana. En la casita, una mujer vestida de negro y medio oculta por la cortina, conversaba con él. Aquella mujer era Zinaída.

Me quedé de piedra. Confieso que jamás hubiera esperado ver eso. Mi primera intención fue echar a correr. Pensé: "Si mi padre se vuelve, estoy perdido..." Pero una extraña sensación, algo superior a la curiosidad, superior incluso a los celos, superior al temor, fue lo que me retuvo. Quedé en suspenso, mirando y esforzándome por escuchar. Parecía que mi padre insistía en algo. Zinaída negaba. Creo estar viendo su rostro: dolorido, serio, hermoso y con un sello indescriptible de fidelidad, de tristeza, de amor y de cierta desesperación, no puedo encontrar la palabra. Contestaba con monosílabos, no alzaba los ojos y sólo sonreía, sumisa y obstinada. Esa sonrisa me bastó para reconocer a la Zinaída de otras veces. Mi padre se encogió de hombros y se arregló el sombrero: ese era siempre su ademán de impaciencia… Después escuché las palabras: "*Vous devez vous séparer de celte...*" Zinaída se irguió y le tendió la mano... De pronto, vi algo increíble: mi padre alzó repentinamente la fusta con la que se había estado sacudiendo el polvo del capote y oí un golpe seco sobre aquel brazo desnudo hasta el codo. Hice un gran esfuerzo por no gritar. Zinaída se estremeció, lo miró en silencio, alzó lentamente el brazo hasta sus labios y besó la roja cicatriz. Mi padre arrojó la fusta, subió corriendo los peldaños de la galería y entró

como un rayo en la casa. Zinaída se volvió, extendió los brazos, echó la cabeza hacia atrás, y también se apartó de la ventana.

Confudido por la impresión, con el corazón oprimido por el asombro, desanduve corriendo la calleja, casi solté a Electric y volví a la orilla del río. No podía explicarme lo sucedido. Sabía que a mi padre, siempre frío y moderado, a veces lo cegaba la cólera; no obstante no podía comprender lo que acababa de presenciar… pero de una cosa estaba seguro: que por mucho que viviera, me sería imposible olvidar aquel gesto, aquella mirada y aquella sonrisa de Zinaída; que su imagen, esa imagen nueva que había surgido repentinamente ante mí, había quedado grabada en mi memoria para siempre. Miraba el río sin verlo y sin notar que estaba llorando. Pensaba "a ella le pegan... le pegan... la pegan...

–¿Qué esperas? ¡Dame el caballo! –escuché a mis espaldas la voz de mi padre.

Le entregué las riendas maquinalmente. Montó de un salto. Electric, que se había enfriado, se encabritó y dio un salto de unos tres metros… pero mi padre lo amansó en seguida, lo espoleó en los ijares y le golpeó el cuello con el puño. "¡Ah, no tengo la fusta!" –murmuró.

Recordé aquel silbido reciente, aquel golpe de la fusta y me estremecí.

–¿La perdiste? –interrogué a mi padre después de una pausa.

No me contestó y se adelantó a galope. Le di alcance. Quería sin falta verle la cara.

–¿Te has aburrido en mi ausencia? –musitó entre dientes.

–Un poco. ¿Dónde perdiste la fusta? –volví a preguntarle.

Me lanzó una rápida mirada.

–No la he perdido, la he tirado...

Se quedó pensativo y bajó la cabeza... y fue en ese instante cuando, por primera vez y quizá por última, vi cuánta ternura y pesar podían expresar sus severos rasgos.

Volvió a galopar y yo me quedé rezagado; llegué a la casa un cuarto de hora después que él.

"¡Esto sí que es amor –volví a decirme, sentado esa noche ante mi escritorio, sobre el que ya empezaban a aparecer cuadernos y libros–, esto es pasión! ¡Cómo puede una persona no indignarse, cómo puede tolerar un golpe, venga de quien venga… aunque sea de la mano más amada! Por lo visto sucede, si se ama... ¡Y yo... yo que me imaginaba!..."

En el último mes me sentí muy viejo, y mi amor, con todas sus emociones y sufrimientos me pareció tan mísero, tan pueril e insignificante, comparándolo con aquel otro, impenetrable para mí, que apenas si podía adivinar y que me asustaba, como si fuera un rostro desconocido, bello, pero terrible, que en vano se intenta reconocer en la penumbra...

Aquella misma noche tuve un sueño extraño y horrible. Me pareció ver que entraba en una estancia baja y oscura... Mi padre empuñaba un látigo y golpeaba el suelo con los pies; estaba Zinaída arrinconada con una cicatriz roja no en el brazo, sino en la frente... Detrás de los dos se alzaba, completamente ensangrentado, Bielovsórov, los pálidos labios abiertos y amenazando iracundo a mi padre.

Dos meses más tarde ingresé a la Universidad; y al cabo de medio año moría mi padre (de un derrame cerebral) en Petersburgo, donde se acababa de trasladar toda la familia. Días antes de morir había recibido una carta de Moscú que lo había trastornado profundamente. Había ido a rogar no sé qué a mi madre, y dicen que hasta había llorado, ¡él, mi padre! La misma mañana en la que sufrió el derrame había comenzado a redactar una carta dirigida a mí, en francés, en la que decía: "Hijo mío, teme el amor femenino, teme esa dicha, ese veneno..." Después de su muerte, mi madre envió a Moscú una suma de dinero bastante considerable.

22

Pasaron unos cuatro años. Acababa de terminar los estudios universitarios y aún no sabía concretamente a qué dedicarme, a qué puerta golpear; deambulaba todavía sin hacer nada. Un buen día encontré en el teatro a Maidánov. Se había casado y tenía un empleo; pero no hallé en él ningún cambio: seguía lanzando exclamaciones de entusiasmo sin venir a cuento y con la misma facilidad anterior caía en el pesimismo. Con la mayor sencillez me dijo:

–¿Sabía usted que está por aquí la señora Dólskaya?

–¿Qué señora Dólskaya?

–¿Se ha olvidado usted? La que era princesa Zasekin, de la que todos estábamos enamorados, y usted también. ¿No se acuerda, en la casa de campo, junto al jardín Nieskuchni?

–¿Se ha casado con Dolski?

–Sí.

–¿Y está aquí, en el teatro?

–No, está en Petersburgo, hace unos días que ha llegado. Se marcha al extranjero.

–¿Qué tal persona es su marido? –pregunté.

–Un hombre magnífico, con dinero. Trabajamos juntos, es de Moscú. Usted comprenderá que después de aquella historia... estará bien enterado... (Maidánov sonrió con aire significativo) no le quedaba tan fácil encontrar partido; hubo consecuencias... pero con su inteligencia todo es posible. Vaya a verla, eso la alegrará mucho. Está más hermosa aún.

Maidánov me dio las señas de Zinaída. Se hospedaba en el hotel *Démouthe*. Se agitaban mis viejos recuerdos... Decidí visitar a mi antigua “pasión” al día siguiente. Pero surgieron no sé qué asuntos: pasó una semana, otra y cuando, por fin, entré al hotel *Démouthe* y pregunté por la señora Dólskaya, supe que hacía cuatro días había muerto, casi instantáneamente, de parto.

Me pareció sentir un golpe en el corazón. La idea de que pude haberla visto y no la vi ni la vería jamás, esa amarga idea, se aferró a mí con toda la fuerza de un horrible reproche.

“¡Ha muerto!”, repetí mirando aturdido al portero, salí lentamente a la calle y me fui sin rumbo fijo. Todo el pasado se alzó ante mis ojos. “¡He aquí en qué ha terminado! ¡He aquí el final prematuro, después de tantas inquietudes, de aquella vida joven, ardiente, brillante!” Pensaba en eso, me imaginaba sus facciones amadas, sus ojos, sus bucles –encerrados en una estrecha caja, en la húmeda oscuridad subterránea– allí mismo, cerca de mí –que todavía seguía vivo– y quizá a pocos pasos de mi padre... Pensé en todo eso, la imaginación sobreexcitada y, no obstante, en mi alma resonaron los versos:

De labios indiferentes oí la noticia de la muerte.
E indiferente la escuchaba...

¡Oh, juventud! ¡Juventud! Nada te importa, parece que eres la dueña de todos los tesoros del universo, hasta la tristeza te distrae, hasta la pena te embellece; eres presuntuosa y atrevida, tú dices: ¡sólo yo vivo, mírenme! y no te das cuenta de que tus días corren y desaparecen sin dejar huella y sin ser contados, y todo en ti se derrite, como la cera al sol, como la nieve... Y quizá todo el secreto de tu encanto no resida en la facultad que tienes de alcanzarlo todo, sino en la facultad de creer que todo lo puedes; reside en que lanzas al viento las fuerzas que no habrías podido emplear en ninguna otra cosa; reside en que cada uno de nosotros se considera en serio derrochador, se cree en serio que tiene derecho a decir: “¡Oh, qué no haría yo si no perdiera el tiempo en vano!”

Yo, por ejemplo... ¿qué podía esperar yo, qué hermoso futuro preveía cuando acababa de despedir con un suspiro, con un triste sentimiento, la visión de mi primer amor, surgida por un instante?

¿Y qué se cumplió de todas mis esperanzas? Y ahora, cuando en mi vida comienzan a aparecer las sombras de la tarde, ¿qué otra cosa me queda más hermoso, más querido, que el recuerdo de aquella tormenta primaveral, matutina, tan fugaz como un hálito?

Pero hago mal en calumniarme. También entonces, en aquella época despreocupada y juvenil, no fui sordo a la afligida voz que me clamaba, a los solemnes sonidos que llegaban hasta mí desde la tumba. Recuerdo que pocos días después de enterarme de la muerte de Zinaída, yo mismo, por propia e irresistible inclinación, presencié la muerte de la pobre anciana que había vivido en nuestra misma casa. Cubierta de andrajos, sobre unas tablas duras, con una bolsa por almohada, agonizaba dolorosamente. Toda su vida había transcurrido en una amarga lucha contra la indigencia cotidiana; no había tenido alegrías, no había saboreado la miel de la dicha, se diría que debía estar contenta de morir; ésa era su libertad, su reposo. Sin embargo, mientras su ajado cuerpo se resistía aún, mientras aún latía con dificultad su pecho bajo la mano gélida, mientras no la abandonaron las últimas fuerzas, la vieja seguía persignándose y susurraba: “Dios mío absuélveme de mis pecados...”, y sólo con la última chispa de conciencia desapareció de sus ojos la expresión de espanto y temor a la muerte... Y recuerdo que allí, ante el lecho de esa pobre anciana, me sentí sobresaltado por el recuerdo de Zinaída, y quise rezar por ella, por mi padre... y por mí.

1860